

Boletín Salesiano

Revista de las Obras de Don Bosco

Turin — Via Cottolengo N. 32.

NÚMERO ESPECIAL

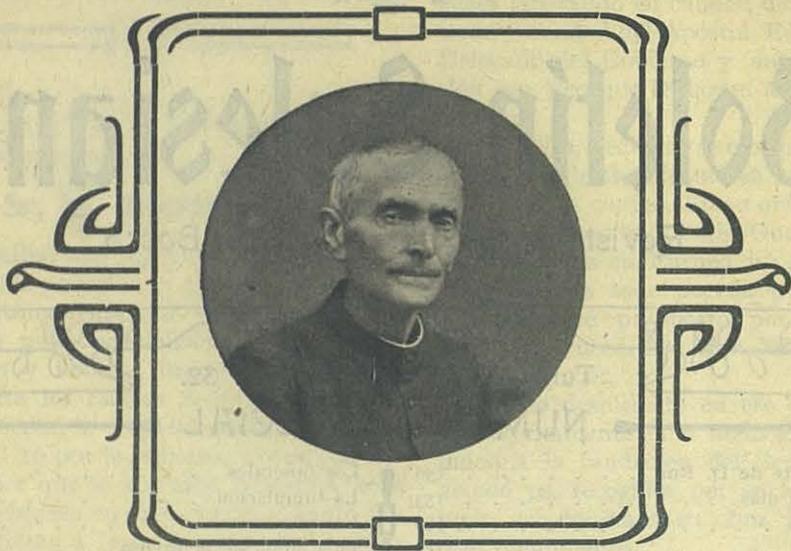
En la muerte de D. Rua	150	Los funerales	173
Los últimos días	153	La tumulación	178
Hacia el fin	166	Los pésames	122
La muerte	171	La Corona de la Prensa	127

EL Consejo Superior de la Pía Sociedad Salesiana, penetrado de la más profunda gratitud, hace público su vivo y sincero reconocimiento á las Autoridades Eclesiásticas, Civiles, Judiciales, Militares, Académicas y Municipales, á los Institutos, á las Asociaciones y Sociedades Comerciales, á cada uno de los amigos que de un modo ú otro han tomado parte en la imponente demostración de estima y duelo en honor de su Rector Mayor **D. Miguel Rua**; y conmovido suplica á Dios se digne conceder á los Salesianos la gracia de seguir siempre las huellas gloriosas de **D. Bosco** y de su inolvidable Sucesor.

Turin, Calle Cottolengo, 32.

EL PREFECTO GENERAL

FELIPE RINALDI, Pbro..



En la muerte de D. Rua

DEBÍA celebrar sus Bodas de Oro Sacerdotales el 24 del presente Junio. Anticipábamos el día para darle la satisfacción de unir una vez más su nombre al de su Venerable Maestro y también una solemne muestra de nuestra gratitud sincera por el heroísmo desplegado en 50 años, empleados constante y enteramente en el bien, por medio de la palabra, de la acción, del ejemplo. Justo nos parecía que llegase hasta esa fecha y lo pedíamos al Cielo con grande fe, ciertos de que esa fecha solemne habría de proporcionarle un suavísimo, legítimo goce, á él, que había sacrificado su vida toda para hacer triunfar sus ideales y el espíritu de D. Bosco. En nosotros eran tan profundos estos sentimientos de filial reconocimiento, y tan férvido el deseo de que nuestro Padre tuviera aun en esta tierra una compensación de su vida entrelazada de sublimes sacrificios, que hasta el último momento nos alentó la esperanza de ser escuchados por el cielo.

Y ciertamente fuimos oídos, no según nuestros deseos, sino de una manera más admirable. Nosotros pedíamos para D. Rua una satisfacción, un premio, un triunfo.

Y él tuvo la santa satisfacción de ver á todos sus hijos esparcidos por el mundo, vueltos con la vista ansiosa y llena de espectación, hacia su pobre lecho; la noticia de su enfermedad, divulgada por el mundo con la celeridad del relámpago, tuvo por dos meses atento al mundo, y trajo á su aposento humilde Cardenales, Arzobispos, Obispos, Príncipes, Generales, Economistas, Magistrados, Obreros, todos empujados por un mismo sentimiento de amor.

Para quien jamás buscó, sino más bien huyó la gloria propia para aumentar la de Dios y de D. Bosco, á quienes consagró su inteligencia escogida, su voluntad de hierro, su insaciable celo, su acerada constitución, y todo el conjunto admirable de sus raras energías, debía de ser un consuelo singular el afecto con que se veía distinguido, « no tanto D. Rua, cuanto el Sucesor de D. Bosco ».

Pero también D. Rua tuvo su exaltación. Si, mientras se estaba muriendo, la manifestación de reverente afecto hubo de detenerse á las puertas de su aposento, que paulatinamente se fueron cerrando excepto á pocos afortunados; una vez muerto, se convirtió en la apoteosis que ninguno hubiera osado prometerse en el suspirado Jubileo. Su nombre, bendecido y llorado, resonó en asambleas y Consejos, y corrió glorioso por toda la tierra; ante sus restos mortales desfiló durante dos días una multitud inmensa, compuesta de gente de todas las clases y condiciones; más de 100.000, extranjeros y nacionales, le hicieron guardia de honor el día de los postreros honores, y la prensa de todos los matices y de todos los partidos, le rindió también espléndido tributo al eminente continuador de las Obras de D. Bosco.

De frente á tal acontecimiento también nosotros debemos hablar.

Para los amigos es una voz de aliento. Una institución que, como la Obra Salesiana, tiene un D. Bosco por Fun-

dador, un D. Rua por continuador, lleva en su frente el sello de la Providencia divina; no es una obra puramente humana, es una obra suscitada y sostenida por Dios.

A los demás, les debemos una declaración cordialísima: en la hora de nuestro duelo gravísimo, vosotros habéis cubierto de elogios los nombres de D. Bosco y de D. Rua, porque, dejando correr desapasionadamente la vista sobre nuestras obras, os habéis sentido admirados del esplendor y del perfume de la caridad. ¡Oh! estudiad á fondo nuestros propósitos, visitad nuestros institutos, examinad el bien que nos esforzamos por hacer, y llegaréis á ser amigos y bienhechores nuestros.

Y para Ti, dulcísimo Padre, nuestra última palabra. Con la mirada siempre dirigida al ejemplar perfectísimo de caridad, Jesucristo, y siguiendo fielmente las huellas de Don Bosco, Tú no tuviste otra mira que la de hacer bien á todos. Lo decías ventidós años hace: *Démonos la dulce satisfacción de hacer bien á nuestros semejantes, especialmente á los niños más pobres y abandonados; el hacer bien á nuestro prójimo, nos hace, más que cualquier otra cosa, semejantes á Dios, el cual, siendo por naturaleza una bondad difusiva, beneficia á todos, hasta á los que no lo conocen ni lo aman, hasta á los que se declaran sus enemigos* (1). Y el mundo ha quedado maravillado de Tu caridad. ¡Oh! por aquel amor con el cual imploramos para Ti é imploraremos siempre, arrodillados ante Tu sencilla tumba, la eterna recompensa, alcánzanos que una caridad semejante inflame nuestros corazones y se encienda también en el corazón de los que han rendido tan espléndido y tan espontáneo homenaje á Tu memoria!

(1) Carta circular á los Cooperadores, enero de 1889.



≡ LOS ÚLTIMOS DÍAS ≡

A los Salesianos, á los Cooperadores y á cuantos han seguido las fases de la enfermedad con angustioso sobresalto, y tuvieron después un sentimiento de dolor profundo por la irreparable pérdida, dedicamos estas páginas.

« A la verdad, dice el marqués de Crispolti, ha sido una providencia que muchos hayan podido ver al enfermo, que oralmente y por escrito se haya llevado minuciosa crónica de sus últimos días, porque todo el valor de su larga obra, ha tenido una confirmación conmovedora y eficaz en la sabiduría de su modo de morir; porque D. Rua no ha sido menos apóstol dentro de las cuatro paredes en donde ha fallecido, que lo había sido mientras fué el brazo derecho de D. Bosco vivo y su continuador después. »

La última Misa — El anuncio á las Casas salesianas — El eco de la prensa — La Princesa Leticia y el Cardenal Richelmy — Ligera mejoría.

14 febrero.

Ayer fué visitado D. Rua por el dr. Battistini, quien lo ha encontrado en condiciones bien diversas de hace ocho días. El ilustre profesor se retiró muy impresionado por la extrema debilidad del corazón y nos rogó le aconsejáramos que se abstuviera de celebrar por cuatro ó cinco días y permaneciera en absoluto reposo.

El buen padre ha oído la recomendación del médico, ha sonreído, pero se levantó y dijo misa en la capillita de D. Bosco, contigua á su cuarto (¡y fué la última Misa que dijo!). Evidentemente ha querido dar el adiós al altar del Señor, al que durante 50 años subió, con tanta devoción ¡y en su corazón debió de ser ésta su Misa de Oro!

15 febrero.

Hoy á las 5 de la mañana ha querido vestir la sotana, por reverencia á Jesús Sacramentado, porque poco después D. Francesia celebró en la capillita contigua, y le llevó la Sagrada Comunión, lo cual seguirá haciéndose en lo sucesivo. Él sigue todas las partes de la Misa con una devoción que arroba, y después de misa, hace su cotidiana meditación.

A mediodía se levantó, pero al cabo de una hora vuelve al lecho. No podía más. Llamó al fiel Balestra (el enfermero) y le dijo:

« Toma la correspondencia que está sobre la

mesa y llévala á D. Rinaldi. Le dirás que de hoy en adelante la despache él porque yo no puedo hacerlo ya. »

16 febrero.

Esta tarde han celebrado consulta los doctores Battistini y Clérico y hallan gravísimas las condiciones del enfermo. El Prefecto General D. Rinaldi ha mandado inmediatamente una Circular á todas las casas, recomendando oraciones.

En casa todos están consternados, menos D. Rua, quien, no habiendo podido leer nada durante la cena por las continuas visitas, sonriente y calmo mientras todos andan preocupados, suplica que se le lean algunas páginas de el *Boletín*.

17 febrero.

Comienza el mes en preparación á la fiesta de S. José y una novena á María Auxiliadora por la curación de D. Rua. ¡Dígnese Dios escuchar nuestros votos!

18 febrero.

Noche insomne, pero ligera mejoría: las funciones del corazón se han vigorizado un tanto. D. Rua está ligeramente afectado también de bronquitis, que parece se desarrolla benigna.

Los diarios comienzan á ocuparse con su enfermedad, usando frases muy deferentes. La noticia despierta en Turín y fuera la más dolorosa impresión: llegan multitud de cartas y telegramas pidiendo ansiosamente informaciones.

La Princesa Leticia, Duquesa de Aosta y Presidenta del Comité de damas turinesas para las Obras de D. Bosco, pide personalmente noticias, haciendo fervidos votos.

Ha venido á visitarlo el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo, á quien se había dado ayer la triste noticia. D. Rua, apenas lo vió, quitóse respetuosamente el gorrito, dando las más expresivas gracias. Su Ema. lo ha bendecido, dirigiéndole las más afectuosas palabras.

Habiendo sabido que se hallaba en el Oratorio el Presidente de la Federación Universitaria Católica Italiana, el enfermo manifestó deseos de verlo y lo bendijo con efusión, asegurándole que rogaría por todos los trabajos de la Federación.

A muy pocos se les concede visitarlo, y esto por mandato de los médicos. También lo vió

el marqués de Crispolti. « *Estuve con él, decía el marqués, breves instantes; lo encontré reclinado en una torre de almohadas, porque la dificultad del respiro le impide estar tendido. Me habían dicho que lo encontraría deshecho; pero no recibí esta impresión. Estábamos acostumbrados á verlo tan flaco, que no noté gran diferencia. Solamente su mano ya tan descarnada, estaba hinchada, pero su apretón era robusto, como también la voz. A los ardientes votos que le expresé, respondió como quien agradece mucho, pero se ilusiona poco. Me arrodillé para que me diera la bendición, y me la dió afectuosamente y con aspecto muy vivo.* »

La impresión en Roma — Los votos del Padre Santo — El „Osservatore Romano”.

19 febrero.

« *Funciones del corazón ligeramente mejores; disminución de los fenómenos de psmo; acen- tuado aumento de la diuresis.* »

De Roma llega una Carta del Vice-procurador General P. Munerati: « He comunicado la grave noticia á Mons. Bressan. Me ha dicho que la comunicaría inmediatamente al Padre Santo.

« He pasado después á casa del Emmo. Card. Rampolla, quien se muestra muy apenado. Me ha encargado de escribir á los Superiores que toma viva parte en nuestro dolor y que desea recibir noticias todos los días.

« Muy conmovedora fué la visita al Emmo. Card. Vives. Su Ema. me ha llevado incontinenti á su capillita privada y allí rogamos á María Auxiliadora y á D. Bosco.

« También he dado la noticia al Emmo. Card. Secretario de Estado, al Emmo. Card. Vicario y al Emmo. Card. Gennari. Todos han manifestado vivo dolor y hacen votos por la preciosa existencia del amado enfermo.

« En esta triste circunstancia he visto una vez más cuánta es la estima y veneración que rodea á nuestro amadísimo Superior. »

Al Rmo. D. Rinaldi, Prefecto General, le llegaba después la siguiente carta:

« *Muy Rev. Señor: Sabiendo el Padre Santo con grande pena la enfermedad del Revmo. Superior General D. Miguel Rúa, al paso que hace votos por el restablecimiento de tan preciosa salud, le da con toda la efusión del alma su bendición apostólica. En la esperanza de noticias mejores acerca del venerando enfermo, con sentimientos de profunda estima me declaro*

De V. S. M. R. devmo. S. S.

JUAN BRESSAN. »

También el Emmo. Card. Vives ha enviado una tarjeta rebotante delicadísima deferencia.

Lo mismo expresan otros Emmos. Cardenales, Arzobispos y Obispos, y muchas importantísimas familias, por carta ó con telegramas.

El Superior de la « *Piccola Casa della Divina Provvidenza* » manda al R. Sr. Teól. Sanguinetti para tomar informes y asegurar que toda la Casa (más de 7.000 personas!) ruegan por D. Rúa y hacen los más férvidos votos.

20 febrero.

« *Perdurando todos los fenómenos de ayer, las condiciones del enfermo son estacionarias.* »

La petición de noticias continúa siendo incesante de todas partes y la prensa nos facilita la manera de darlas. El « *Osservatore Romano* » publica un interesante artículo, del cual copiamos unos períodos.

« *Dios, que todo lo puede, aleje la hora fatal; no podemos imaginarnos la Congregación Salesiana sin su Rector Mayor, sin D. Rúa. Él ha sido quien estuvo más cerca de su gran Fundador y Padre; él quien más ha tomado de su espíritu; él quien nos lo ha transmitido puro y vital. La larga intimidad que tuvo con el Fundador, su capacidad inmensa de inteligencia y corazón para comprender y conservar los secretos de esa grande alma, lo declararon sucesor y continuador de las admirables obras de caridad y redención iniciadas por D. Bosco allá en los desiertos prados de Valdocco en medio de una turba de abandonados niños y extendidas luego á las remotas playas de la América, del Asia y del Africa inhospitalaria. En este momento esas casas, del Ecuador á la Tierra del Fuego tal vez no saben que su padre está luchando entre la vida y la muerte; pero bien saben cuán poca vitalidad queda en ese cuerpo quebrantado por las fatigas enormes y destrozado por los viajes y los innumeros cuidados de una acción mundial. Todos saben que D. Rúa, de 10 ó 15 años á esta parte vive de una vida más celestial que terrena. ¡Que la divina misericordia escuche las oraciones y votos de tantos inocentes educados y socorridos por la caridad Salesiana y nos conserve al Sucesor de D. Bosco!* »

21 febrero.

« *El venerando enfermo descansó algunas horas durante la noche. Las condiciones generales permanecen iguales, aunque el pulso es algo más fuerte.* »

¡Abramos el corazón á la esperanza!

Ha venido á visitarlo el Concejal Rinaudo, con el cual se entretiene afablemente.

— « *Me ha dado mucho gusto esta visita — dijo después al Revmo. D. Albera — especialmente*

por haber oído á Rinaudo hablar tan bien de D. Bosco. »

22 febrero.

« Perdura la ligera mejoría iniciada de algunos días acá; aumentada diuresis; regulares las condiciones del corazón; completa lucidez de la mente. »

Por la noche quiere siempre rezar sus oraciones en compañía de alguno de casa. De ordinario no le falta la de su director espiritual D. Francesia, porque el enfermo después del rezo gusta de oír algún buen pensamiento, como se acostumbra hacer en nuestros Colegios. El sermonecito de ayer se refería á esta máxima: *trabajar con el pensamiento fijo en Dios.*

El profesor Battistini define la enfermedad una *miocarditis senil.*

El Sr. Obispo de Aosta — El triduo en los Santos Mártires — Los Antiguos Alumnos de la Lombardia — El Sr. Obispo de Asti — Mons. Castrale — « ¡Así mueren los Santos! »

23 febrero.

« Condiciones invariables, muy poco consoladoras. »

Recibe un gran contento con la visita de Mons. Vicente Tasso, Obispo de Aosta y Antiguo Alumno del Oratorio.

Se le anuncia que por iniciativa de un antiguo condiscípulo, mañana se comenzará un triduo solemne en la parroquia de los Santos Mártires, por su salud. La noticia lo conmueve y suplica se haga conocer al promotor su gratitud cordial.

Pero, rogado á manifestar lo que piensa de su enfermedad, se evade, diciendo:

« ¡Hágase la voluntad de Dios! »

Por la tarde parece más aliviado. Antes de rezar las oraciones de la noche se pone á declamar, fuera de su habitual modo de proceder, y con gran sentimiento, una canción á la Virgen, una de las canciones enseñada por D. Bosco á sus niños, y cantada con tanta gracia que se ha hecho histórica, por uno de los compañeros de D. Rua, el clérigo Pettiva: « *O María, quando ti miro — Abbracciata al tuo diletto....* »

D. Francesia aprovecha la ocasión para invitarlo á rogar con nosotros por su salud; pero obtiene tan sólo una bondadosa sonrisa.

Al Rev. D. Angel Rigoli, Rector de Somma Lombardo, y Presidente de la Unión Antiguos Alumnos de Lombardia, que ha venido á traerle personalmente los recuerdos y votos de tantos ex-alumnos reconocidos, le ha dicho con efusión de corazón:

— « *Me alegro con los A. A. porque veo que hacen bien y que va creciendo esta Unión, que*

está llamada á hacer el bien ante todo á sus propios miembros, y después á sus familias y á la Sociedad. »

También la Rvma. Madre Sor Catalina Daghero, Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora ha sido recibida en audiencia con otras religiosas. D. Rua escucha con visible satisfacción é interés las hermosas noticias que le dan y bendice á todas las religiosas del venerando Instituto.

El Padre Santo, que ha querido informarse directamente por el Procurador General, ha tenido vivo gozo al saber la mejoría y haciendo votos para que continúe, ha vuelto á enviar una bendición Apostólica especial.

24 febrero.

« Condición estacionaria. »

La comenzada mejoría no da señales de continuar y esto da lugar á temer un regreso.

Viene á visitarlo S. E. Rvma. Mons. Spandre, Obispo y Príncipe de Asti. El afectuoso discípulo pide á D. Rua su bendición con las lágrimas y no dice una palabra más: se da cuenta del estado del enfermo y no quiere contribuir á acabarlo de postrar.

Por la tarde sube á visitarlo también el Obispo Auxiliar de Turín, Mons. Castrale, acompañado del teól. Franco, y el Conde Olivieri de Viernier. El Obispo presidió la XIII Asamblea General de la Federación Agraria Piamontesa reunida en el salón de actos del Oratorio.

Piden también visitarlo los Sres. Comendador Nicolás Rezzara de Bérgamo, el Conde Luis Caissotti de Chiusano, el prof. Guido Blotto, el ingeniero Rodolfo Sella, el cav. Oreste Macciotta, el teól. Suppo y el Rector de Altavilla D. José Caroglio. D. Rua los recibe muy complacido y les dice:

— « *Me congratulo con Ustedes que promueven con tanto celo el mejoramiento agrario: también este es un medio excelente de salvar las almas.* »

El escogido grupo recibe la bendición y sale presuroso del aposento reprimiendo á dura pena las lágrimas: el com. Rezzara exclama profundamente conmovido:

— « *¡Así mueren los Santos!* »

Tristísima jornada — Una visita grata — Carta del Card. Rampolla — El Obispo de Massa Carrara — La princesa Gonzaga — El Emmo. Card. Mercier — El Arzobispo de Esmirna — Admirable delicadeza — El Sr. Arzobispo de Vercelas.

25 febrero.

« *Noche insomne; debilitadas las fuerzas del corazón.* »

Es un día bien triste. Siendo el aniversario de la muerte de su hermano Luis (25 febrero 1851) D. Rúa ocupa con él por largo tiempo el pensamiento.

— « *Creía morir hoy, dice después de cena á D. Francesia, creía que mi hermano Luis venía á llevarme.*

— *Tú no eres ya de Luis; eres nuestro, y nosotros no queremos dejarte partir. ¿Lo recuerdas?*



Los funerales de D. Rúa. — La plaza María Auxiliadora antes de la sepultura.

El día mismo de la conmemoración que de tu hermano Luis hizo D. Bosco, 30 de Marzo 1851, entré yo al Oratorio y nos hemos amado siempre como hermanos.

— *¡Es cierto...! Te recomiendo que no siembres alarmas por la casa. Entre tanto; cúmplase la voluntad de Dios!*

Pudo no obstante recibir algunas visitas. Gratisima le fué la del prof. Cándido Chiorra, director del Colegio de S. José, con el alumno Guido Zorgno en representación de todos los alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, cuyo alumno fué D. Rúa en las clases elementales y con los cuales hizo la primera comunión. Recordando con gran ternura á sus

antiguos Superiores, dijo que esa era para él una de las más dulces visitas y agradeció emocionado al buen Director tanta fineza. El Director le repitió sus votos de pronto restablecimiento y Misa Jubilar, diciéndole que ese día alegraría también á los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

D. Rúa le respondió con una sonrisa y añadió: — *Pero es preciso hacer las cuentas con el Amo.*

De Roma le llegaba esta carta consoladora:

« *Revmo. Señor: — Supe con gran pena su enfermedad y no he dejado de hacer votos al Señor para su pronto restablecimiento. Supliqué luego al R. P. Munerati que me tenga*

informado continuamente del estado de su salud y hoy recibo con vivo gozo la nueva de su mejoría. Ruego fervorosamente al Señor se digne devolverle pronto la salud, á fin de que pueda S. R. continuar muchos años guiando por senderos de luz á los Hijos de D. Bosco. Acepte los sentimientos de profunda estima y particular benevolencia con los cuales me es grato repetirme afectísimo en el Señor.

MARIANO Card. RAMPOLLA».

Mons. Varady telegrafía de Budapest los más ardientes votos de los Cooperadores reunidos en congreso. La noticia resulta agradabilísima para D. Rúa, que nada ansía tanto como la expansión del espíritu de D. Bosco.

El Teol. Piano predica con incomparable afecto el triduo en los Santos Mártires.

Cardenales, Obispos y eminentes personajes continúan pidiendo informes. También el Municipio de Turín pide noticias varias veces al día.

Con el tren de las 23 llega Mons. Marengo, Obispo de Massa Carrara.

26 febrero.

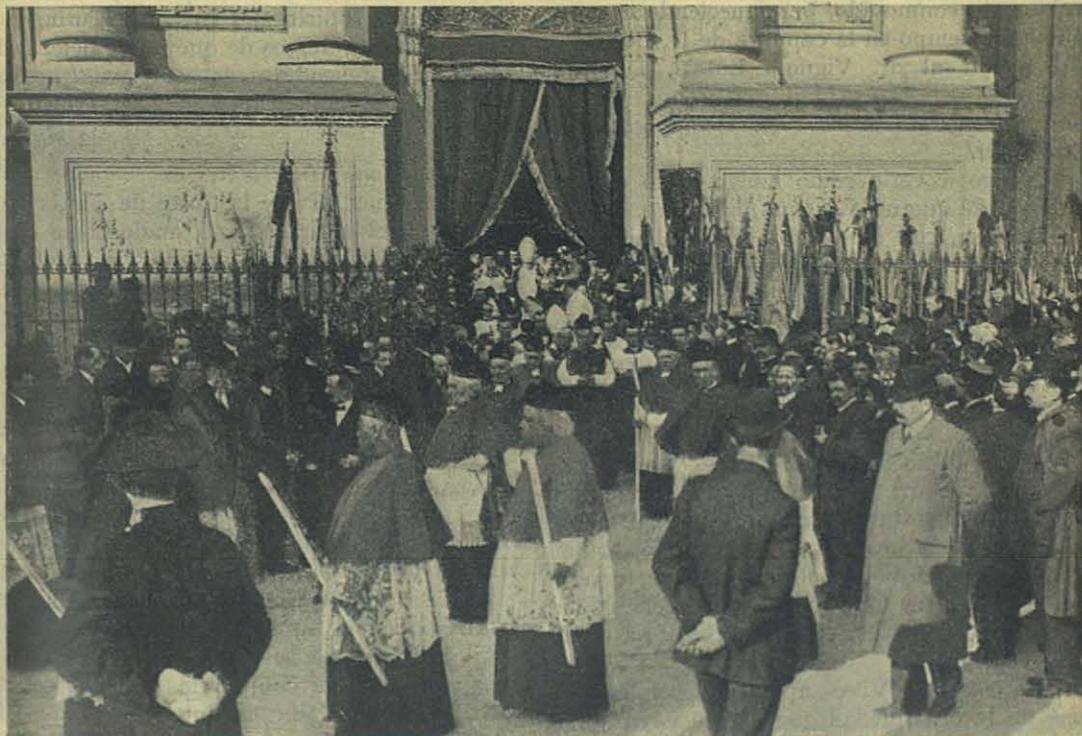
« Condiciones iguales. »

Después de haber celebrado, Mons. Marengo

olvidaremos nosotros la exquisita amabilidad de este Eminentísimo Príncipe de la Iglesia que inmediatamente después de visitar en Monte Cassino, la cuna de la Obra Benedictina, quiso visitar el Oratorio de S. Francisco de Sales, cuna de la Obra de D. Bosco, para confortar á D. Rua y pedir en nombre del Gobierno Belga, algunos Salesianos para el Congo.

27 febrero.

El enfermo ha pasado la noche en benéfico



Los Obispos salen del Santuario.

sube á visitarlo y permanece largo tiempo al lado del amado Superior.

También son admitidos á la visita la Princesa Gonzaga de Milán, el sr. cab. ab. D. Mayorino Capello, con su esposa la Condesa Amalia, el Prof. D. Juan Bautista Anfossi, canónigo, y el sobrino de D. Rua, prof. José Rua, llegado expresamente de Roma.

También lo visitan el P. Gemelli, con el Provincial de los Menores Capuchinos.

El Sr. Alcade de Turín, senador Rossi con el asesor abog. D. Ricardo Cattaneo vienen á poner su firma en el registro de los visitantes.

A las 19,30 llega el Emmo. Card. Mercier, Arzobispo de Malinas y Primado de Bélgica, con su Auxiliar Mons. Wacter. Su Ema. es portador de una especial bendición del Papa. Jamás

descanso: le ha cesado casi por completo la respiración afanosa. Recibió las visitas del Sr. Card. Mercier y del Sr. Arzobispo de Esmirna, que lo conmovieron vivamente; por lo cual, de orden de los médicos, no se permitió ninguna otra: una sola excepción se hace en favor del Dr. Vignolo Lutati.

El Card. Mercier después de haber celebrado la Misa en el Santuario, subió al aposento de D. Rua, acompañado de su Obispo Auxiliar. Al ver al Purpurado, el enfermo extendía los brazos hacia él. Apenas llegado á su presencia, le dice el Card. con gran satisfacción:

— Ante todo, cumplo el dulcísimo encargo que me confió el Padre Santo. Cuando visité á S. S. para despedirme, le dije que me detendría en Turín expresamente para ver al Su-

perior de los Salesianos: me dijo: « Bien, Eminencia, lleve á D. Rua mi bendición especial y manifiéstele los ardientes votos que hago para que Dios nos conserve su preciosa existencia ».

Y bendijo á D. Rua, mientras todos los presentes se arrodillaban. Aproximándose más al lecho del enfermo, le tomó la mano, besándosela repetidas veces con una conmoción difícil de expresar. El séquito se retiró y quedaron solos en colloquio el Cardenal y D. Rua por algunos instantes; después Su Ema. recomendó su Patria á las oraciones del enfermo y salió profundamente conmovido, permaneciendo en oración algún tiempo en la capillita de D. Bosco.

Al recibir al dr. Vignolo Lutati, D. Rua exclamó:

— ¡Oh querido doctor, con cuánto gusto lo vuelvo á ver!

— Vengo á verlo como amigo, pero con la condición de que no diga una palabra.

Y D. Rua, con ese sentido especial de delicado reconocimiento que siempre lo ha distinguido y con ese sentimiento de gratitud que muestra á todos los bienhechores, se limitó á responder:

— *Vea, doctor amado, apenas pude tomar una gota de vino, me dieron Barolo, enviado de la casa Vignolo Lutati.*

Ayer por la noche, regresó lleno de angustia el Rmo. D. Cerruti. Estaba en Nápoles, próximo á proseguir á Catania para presidir la primera reunión de directores diocesanos, cuando recibió las alarmantes noticias sobre D. Rua y regresó en el acto. D. Rua lo ha visto con placer y le ha pedido noticias del viaje con el interés paternal que le es propio.

El Emmo. Card. Vives, apesarado por las noticias de la enfermedad que parece vaya agravándose, renueva sus votos y augurios: « *sed ante omnia* » — son palabras del Emmo. — *pide lo que agrada más á Jesús, porque Jesús ama mucho más que nos y vosotros al queridísimo enfermo*.

Después de cenar, toda la comunidad va á rezar en el Santuario las oraciones y el Sr. Director anuncia que el triduo solemne de la *Corte de María*, fijado para los días 2, 3 y 4 será ofrecido á la Sma. Virgen por la salud de D. Rua.

28 febrero.

« *Condiciones estacionarias.* »

Mons. Marengo después de haber celebrado en la capillita de D. Bosco, pide la bendición del enfermo y parte para su diócesis.

Hoy se permite entrar á ver á D. Rua, solamente al Ilmo. y Exmo. Sr. Teodoro de los Condes Valfré de Bonzo, Arzobispo de Verceles, que también en 1888, siendo Obispo de

Cúneo, había venido á visitar á D. Bosco, en su última enfermedad.

La Corte de María — Inspira compasión — Su interés por los Misioneros — Los Sres. Obispos de Mondovì y de Casale — La muerte del M. R. D. Lazzero.

I marzo.

Continúan recibéndose cartas y telegramas de todas partes.

D. Francesia debería ir á predicar una tanda de ejercicios espirituales fuera de Turín, y D. Rua manifiesta deseos de que no se aleje. Todos admiran la delicadeza del enfermo, pero aumentan las preocupaciones.

2 Marzo.

« *Condiciones invariables.* »

Es el primer día de la Corte de María en el Santuario; el altar está adornado como en las grandes solemnidades; alumnos y profesores se turnan á los pies de la Virgen Sma. Existe toda la ilusión de una gran fiesta mariana. ¿Se alcanzará la suspirada gracia?

D. Rua está unido con nosotros para orar. Ha dicho al Sr. Director:

— « *Vosotros hacéis la Corte de honor á María por mí; pero yo la he comenzado antes que vosotros. Al toque de media noche estaba despierto y dije á la Virgen: ¡Madre! empieza ahora nuestra Corte; me uno á los ángeles y á todos vuestros hijos del Oratorio para tribularos honor y alabanza.* »

Hoy se ha levantado un instante, mientras le arreglaban el humilde lecho. Solamente del 27 noviembre acá se resignó á tener cama en su aposento, para cumplir las órdenes del médico. Hasta ese día durante tantos años ha dormido sus breves sueños en un simple diván que por la noche le servía de cama.

Ensayó dar algunos pasos por el cuarto, mas no tuvo fuerzas. Causa verdadera pena ver tanta energía de voluntad en un cuerpo ya deshecho que se niega absolutamente á obedecerla.

3 marzo.

Segundo día de la Corte Mariana! Se ruega con gran fervor. También los chicos del correccional de *La Generala* se han propuesto conseguir la gracia. Todos esperan.

Los Directores y Decuriones de los Cooperadores de Sicilia, reunidos en Asamblea, hacen votos por la curación. D. Rua, reconocido, les da las gracias y envía su implorada bendición.

4 marzo.

Ultimo día de la Corte Mariana!
El devotísimo triduo no podía terminar con

más brillantez: es el primer viernes, y en honor del Sacratísimo Corazón se tiene al Santísimo Sacramento expuesto desde las 6 hasta las 20.

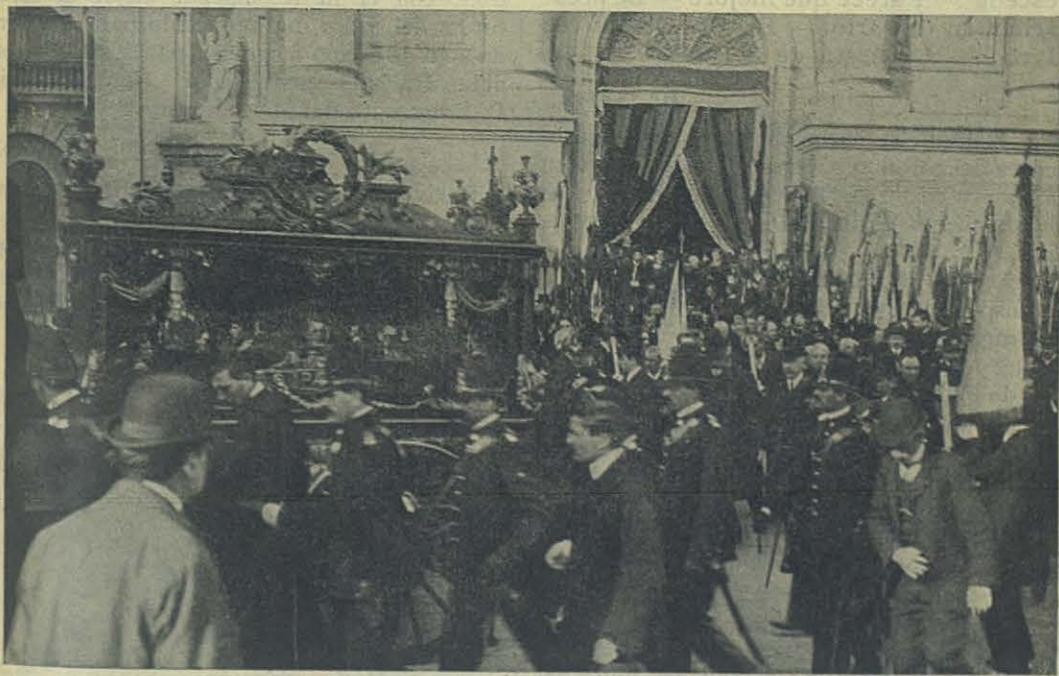
¡Sea bendecido el Santo nombre del Señor! D. Rua ha pasado regular esos tres días.

El M. R. Sr. D. Esteban Pagliere, Pro-Vicario de la Patagonia Septentrional, actúa desde el principio del año, de Secretario de D. Rua, teniendo la dicha de acercársele frecuentemente. El venerando enfermo se entretiene largos ratos con él, hablando de las Misiones. Expresa á menudo la gran satisfacción que siente al recibir las cartas de los Misioneros.

conmueve. D. Rua en el lecho es el mismo caballero fino y atento de siempre. Todo el mundo sale del cuarto enjugándose los ojos.

6 marzo.

Es domingo. En el Oratorio festivo de S. Francisco de Sales y en el de niñas de Santa Angela Merici se hacen fervorosas oraciones. Digna de especial mención es la función celebrada en el segundo, con una Comunión general. Parece que el cielo bendice nuestras súplicas. Los médicos encuentran esta tarde una ligera mejoría. *Deo gratias!*



El carro fúnebre.

A muchos de ellos los nombra repetidas veces con singular afecto. El P. Pagliere está admirado y enternecido, y á las veces le dice:

— Amado Padre, S. R. ama mucho á la América y á los Misioneros!

— *Cierto, procuro amarlos como los amaba D. Bosco.*

— Entonces, concédame una bendición especial para todos.

— *¡De mil amores, de mil amores!*

Y la mano paterna se levanta para bendecir á los Misioneros (acto que repite varias veces durante la enfermedad).

5 marzo.

Recibiendo las visitas da muestras para con todos de una caridad cortés y exquisita que

Continúa la mejoría.

Vienen á visitarlo SS. Sras. Ilmas. D. Juan B. Ressa, Obispo de Mondovì y D. Ludóvico dei Marchesi Gavotti, Obispo de Casale, quien pide la bendición.

A las 6,30 muere en Mathi el M. R. D. José Lazzero, uno de los primeros alumnos de D. Bosco. Será muy doloroso para D. Rua, y sin embargo habrá que comunicárselo, pues pregunta constantemente por él.

7 marzo.

8 marzo.

Se le comunica la muerte de D. Lazzero. Experimenta íntimo dolor; agradece la delicadeza que se usó con él, no dándole la noticia ayer tarde; y luego exclama casi sonriendo:

— ¡Querido D. Lazzero! ha terminado de sufrir! ha concluído su largo purgatorio! Y se recoge á orar.

9 marzo.

Ha pasado la noche completamente insomne, evocando de cuando en cuando la memoria del amado difunto.

— ¡D. Lazzero me llama! repite á menudo. D. Lazzero me espera!

¡Que penosa impresión! Entramos en un nuevo período de depresión.

El Emmo. Card. Maffi — Conmovera escena — Parece que mejore — Se prescribe un horario — El Sr. Obispo de Ivrea — La fiesta de S. José.

10 marzo.

No obstante la noche de insomnio las condiciones del enfermo parecen regulares; pero en realidad va en un decaimiento progresivo. Los médicos no nos ilusionan. Y sin embargo esperamos...

Esta noche ha llegado S. Ema. el Card. Maffi y se hospeda en casa del Emmo. Card. Richelmy, para predicar una tanda de ejercicios espirituales á los socios de las Conferencias de S. Vicente de Paúl.

Es de advertir que el Comité de las Conferencias había recomendado á D. Rua el obtener la aventurada demanda y D. Rua había consentido. El Purpurado, que había dicho á D. Rua que si aceptaba la parroquia de Marina de Pisa, jamás le daría nones, al recibir la petición de D. Rua, dijo:

— A D. Rua no se le puede negar nada: es preciso ir á Turin.

Y vino. Al bajar á la estación ya pidió noticias de él. ¡Cuánta veneración tiene para con el Sucesor de D. Bosco el venerando Principe!

11 marzo.

La mejoría que se advirtió hace seis días, perdura, mas es estacionaria.

A las 9 llega el Emmo. Sr. Maffi acompañado de su Srio. Mons. Calandra, á visitar á D. Rua. En la antecámara se encuentra con los doctores Battistini y Clérico, de los cuales recibe con gran complacencia mejores noticias del enfermo. Fué un instante sobremanera conmovedor. El Card. animó á D. Rua con las más tiernas palabras y notificándole el gran bien que están haciendo el Oratorio festivo de Pisa y la nueva Parroquia de Marina: luego, secundando los deseos de D. Rua y los de su gran corazón, le da su bendición, arrodillándose en seguida para recibir á su vez la del piadoso anciano.

12 marzo.

El Emmo. Maffi viene á celebrar la Misa en el Santuario, á la cual asisten todos los niños. Conmovidó por el espectáculo de tantas comuniones, después de misa los ha felicitado y, tomando pie del Evangelio del día, les ha recomendado que sean *sal y luz*, ahora en medio de sus compañeros, y más tarde en medio del mundo.

El enfermo no empeora; ¡ay! pero tampoco mejora. Disminuyen también las esperanzas.

13 marzo.

El promotor del triduo en los Santos Mártires, con el fin de empeñar mejor la misericordia del Señor, ha anunciado para esta tarde un acto de acción de gracias por la mejoría obtenida. Ha sido conmovedor. Han invitado á D. Francesia á dar la bendición.

14 marzo.

Reviven algo las esperanzas. Ha descansado bien y aparece ligeramente mejor. Mas él no se hace ilusiones: dicta el inventario de su aposento, especificando el contenido de los armarios y cajones con una lucidez y firmeza mental admirable; exacto y rectísimo siempre, se dispone á serlo hasta el fin.

15 marzo.

Hacé un mes que está en cama, y viendo que las condiciones son siempre las mismas, una sola cosa le preocupa: el buen empleo del tiempo. Llama á Balestra y le dice:

— Toma un papel y escribe:

Y dicta:

« Horario ad experimentum: »

- » 5 Despertador;
- » 5,20 Misa, comunión y acción de gracias;
- » 6,15 Meditación;
- » 6,45 Descanso;
- » De 8 á 9 visita de los médicos, desayuno y una que otra audiencia;
- » 9 (Medicina), alguna audiencia de extraños según conveniencia y posibilidad (y descanso);
- » 12 Almuerzo y alguna conversación;
- » 14 descanso;
- » 15,30 Oración, lectura espiritual y alguna distracción;
- » 16 Medicina;
- » 18 Descanso y alguna distracción;
- » 20 Cena, oraciones y disposiciones para la noche.

N.B. — Se le encarga al fiel coadjutor Balestra la observancia de este horario. »

16 marzo.

Dada la atención con que se siguen hasta los más pequeños detalles de la enfermedad se ha

17 marzo.

llegado á saber que se ha impuesto un horario, y que el fiel coadjutor que lo asiste, aleccionado ya por experiencia de la singular regularidad del enfermo, ha tomado á su cargo su más exacto cumplimiento.

En efecto, se notó que á las 5 en punto, el buen Balestra, está observando junto á la puerta entreabierta del aposento del enfermo, — en el cual se releva por turno un hermano para velarlo, en auxilio del enfermero — y apenas oye que D. Rua se mueve y tose, pal-

Viene á visitarlo S. Excia. Rma. Mons. Mateo Filipello, Obispo de Ivrea y también el piadoso y celoso P. Roberto de Nove, que con tanto éxito predica la Cuaresma en la Metropolitana. D. Rua recibe al docto y pio religioso con aquella cordialidad que inspiran los Capuchinos, lo felicita por el gran bien que hace, le dice que si estuviera sano iría también á oírlo y le ruega se quede á comer con los Superiores. El Padre



La última parte del cortejo en el Corso Regina Margherita.

motea suavemente, diciendo: *Benedicamus Domino!* á que D. Rua responde con escrupulosa puntualidad: *Deo gratias!* Así lo quiere él. Inmediatamente se dispone á oír la Santa Misa. No bien la campanilla da la señal para comenzar la Misa, se persigna y contesta las palabras con el ayudante; luego abre su misalito y sigue palabra por palabra el Santo Sacrificio.

Apenas se supo claramente lo del horario — que en realidad fué el de toda la enfermedad — D. Francesia recogió algunas observaciones que corrían por la casa y se las manifestó al enfermo; el cual no dijo nada, pero en su rostro dejó ver claramente que le daba pena el que se quisiera disuadirlo de un propósito que le parecía de fácil cumplimiento

Roberto, que se había reservado ese día para descansar, consagrándolo casi por completo en el Oratorio, visitándolo detenidamente, no cesaba de repetir:

— Me ha impresionado profundamente cuanto veo aquí: pero lo que más me ha conmovido ha sido la visita á D. Rua. Este hombre es un santo.

El Inspector D. Julio Barberis le da cuenta de las fervorosas oraciones que por su salud se hacen en la Inspectoría Central; D. Rua le encarga llevar la bendición á todos los socios. El buen Padre enumera una á una aquellas casas, las predilectas suyas (en ellas se forma el personal) y se conmueve vivamente al saber la piedad de algunos jóvenes de las Escuelas Pro-

fesionales de S. Benigno Canavese, que desde el primer anuncio de la enfermedad, hacen todas las noches, después de las ordinarias oraciones, media hora de adoración ante el Santísimo para implorar la salud de su apreciado Padre.

18 marzo.

¡Vigilia de S. José! Con particular afecto recuerda á D. Lazzeró y á varios hermanos y bienhechores que llevan este nombre y promete orar por ellos. Y mientras Balestra lo está acomodando en los almohadones, le repite sonriendo:

— *¡Es también tu día!*

Y como el pobre enfermero, hallándose solo y queriendo hacerlo todo con el mayor cuidado, no logra lo que desea: — *Tira, tira, prosigue, hasta donde puedas, que ya te compensaré tirándote desde arriba, para ayudarte á subir al Paraíso.*

Pero el pensamiento más tierno y afectuoso es para el Padre Santo, que, bien lo sabe, se interesa tanto por él; por su encargo, mañana telegrafiará á S. S. el Rmo. Sr. Prefecto General D. Rinaldi, transmitiéndole los fervientes votos de todos los Salesianos y los especiales de su General enfermo.

19 marzo.

¡S. José! En el santuario de María Auxiliadora se celebran funciones solemnes. De todos los corazones se exhala el mismo suspiro:

— *¡Señor! sanad á D. Rua!*

Las condiciones son siempre las mismas.

Un pensamiento delicado — Para los Cooperadores — Artículo de un diario americano — Recibe el Santo Viático — Preciosos recuerdos — Feliz augurio.

20 marzo.

¡Domingo de Ramos! Habitados á ver á D. Rua por tantos años en el altar de María Auxiliadora ejecutando con tan edificante piedad los solemnes ritos de la Semana Santa, sentimos inmensamente su ausencia.

Él por su parte tampoco se olvida de las piadosas costumbres y con delicada y exquisita idea envía un ramo de palma bendito á varios cooperadores, encargando á D. Rinaldi de desearles á todos « *vencer todas las dificultades de la vida para llegar á recoger la última palma en el Paraíso.* »

21 marzo.

¡Quizás alimentemos vanas ilusiones! pero nos parece que él abriga las mismas esperanzas que nosotros.

Habiéndole pedido una palabra para los

Cooperadores, pues está á punto de entrar en máquina el *Boletín* italiano de abril, responde con gran afecto y ponderación:

— *Decid á los Cooperadores que les doy las más expresivas gracias! Sé que ruegan por mí; yo también ruego por todos ellos; Cooperadores, Cooperadoras y sus familias. Por lo que hace á mi salud, ella está en las manos de Dios; si á El le place curarme, declaro desde ahora que he de consagrar la vida que me diere, al bien de tanta juventud como he procurado hacerlo hasta aquí, y por todas las obras de caridad que los Salesianos tienen en común con los Cooperadores; y si Le place llamarme á Sí.....*

Alguien lo interrumpe:

— *¡Oh! no, querido Padre! S. R. debe celebrar la Misa de Oro!*

Y él con dulce sonrisa, repitiendo la frase concluye:

— *.....y si Le place llamarme á Sí, prometo que seguiré rogando igualmente por todos ellos, en el otro mundo.*

Llega la respuesta del Padre Santo:

D. Rinaldi, Prefecto Salesianos — Turin. Padre Santo, agradecido filial obsequio regracia cordialmente y bendice V. R., venerando Superior D. Rua y Salesianos todos. —

R. Card. Merry del Val.

22 marzo.

¿Conque ya no hay esperanza alguna? Desgraciadamente la mejoría desaparece y el enfermo está en las mismas condiciones de hace un mes, con la circunstancia agravante de la postración de un mes de sufrimientos. Los médicos lo dicen con dolor:

— *¡Hemos retrocedido!*

El *Momento* publica un artículo del diario argentino « *La Patria degli italiani* »; que no obstante ser liberal, rinde homenaje á la virtud del Sucesor de D. Bosco: « *Los diarios de la ciudad,* » — dice en su artículo del 23 febrero, ilustrado con el retrato de D. Rua, — « *hace algunos días que vienen publicando alarmantes telegramas sobre la grave enfermedad del Superior General de los Salesianos y aluden al pronto desenlace fatal. La noticia debe revestir alguna importancia ciertamente, pues la prensa de todos los matices se ocupa en ella abundantemente; y así el telégrafo, presuroso en comunicarnos noticias, nos brinda ocasión de hablar del hombre y de la obra. En las columnas de un periódico cual « La Patria degli Italiani » que por encima de las prevenciones a priori sabe ponderar el mérito de cuantos aman la patria y benefician á la humanidad, será bueno resumir cuanto ha hecho D. Rua durante los 22 años de dirección. Será un tributo de afecto y de justicia.....*

El artículo termina con estas palabras:

« Este año que debía coronarlo de gloria en la celebración solemnisima de su Misa de Oro, este año tal vez será de luto y las fiestas inminentes, tal vez se truequen en llanto. ¿Entre las flores de un altar se abrirá una tumba? ¡Ojalá que no! comoquiera que sea, mientras el mundo teme por la existencia de D. Rua; mientras la Casa de Saboya toma viva parte en el dolor Salesiano, es justo tributar un homenaje de reverente gratitud á este hombre, inteligencia y corazón de apóstol, que

inclinado sobre el costado izquierdo. La cara, que en el estado normal impresionaba por lo flaca, se va hinchando, como también las manos. Sobre las mantas se estiende una blanquísima sobrecama.

Consciente de su estado, quiere recibir la Santa Comunión por Viático, pero no se impresiona ni inmota y dispone que mañana, día que reciben la comunión todos los Sacerdotes, le sea llevado el Santo Viático del Santuario de María Auxiliadora. La noticia, aunque



Después del carro fúnebre.

amó la Patria, elevó á los humildes, siguió con paternal amor al emigrante italiano hasta las playas de la tierra del Sol de Mayo. La gratitud no reconoce partidos.»

23 marzo.

La gravedad aumenta. Es una compasión el verlo. Los primeros días gastaba todavía el traje talar, permaneciendo medio recostado en las almohadas; después se cubría el pecho con un capotillo negro, para recibir lo más decentemente posible la Santísima Eucaristia y las personas que lo visitan; ahora se debe contentar con un simple chal y después de la misa se ve obligado á meterse completamente bajo las mantas, donde yace inmóvil, dolorosamente

él la ha endulzado con toda la caridad de su exquisito corazón, se ha difundido entristeciendo todos los corazones.

24 marzo.

¡Jueves Santo! A las 6,15 antes de dar principio al rito solemne en el Santuario, el Prefecto General D. Rinaldi, escoltado de todos los hermanos de la casa con cirios encendidos, sube la escalera de la antigua sala de estudio, atraviesa la Biblioteca y lleva á D. Rua el Santísimo Viático.

En su extrema sencillez, la ceremonia no podía ser más solemne. No bien el celebrante ha pronunciado con la angustia en el corazón y las lágrimas en los ojos el *Misereatur* y el *Indul-*

gentiam, D. Rua hace señas de querer hablar. Todos clavan en él los ojos con expectación, se hace sentar apoyándose en los almohadones, y con voz tan clara y firme que se oye en los aposentos vecinos, dirige á los presentes esta alocución que será leída con ternura mientras haya Salesianos y Cooperadores en el mundo:

— « En esta circunstancia siento el deber de dirigiros algunas palabras:

» La primera es de reconocimiento por las oraciones que habéis hecho y seguíis haciendo por mí. ¡Dios os lo pague! ¡y os recompense también por las que haréis aún!

» Otra palabra quiero deciros, porque no sé si podré hablaros otra vez á todos juntos: os recomiendo que la hagáis saber también á los ausentes. Yo rogaré siempre á Jesús por vosotros y espero que el Señor concederá la gracia que pido para todos y especialmente para los que están en el Oratorio y lo estarán en lo porvenir. Me interesa mucho que todos nos hagamos y nos conservemos dignos hijos de D. Bosco. D. Bosco en su lecho de muerte nos dió una cita: « ¡Hasta la vista en el Cielo! » Este es el recuerdo que nos dejó Él. D. Bosco quería consigo á todos sus hijos; para ello nos recomendó tres cosas:

Grande amor á Jesús Sacramentado;

Viva devoción á María Sma. Auxiliadora;

Grande respeto, obediencia y amor á los Pastores de la Santa Iglesia y especialmente al Sumo Pontífice.

» Es éste el recuerdo que yo también os dejo. Procurad hacerlos dignos de ser hijos de D. Bosco!

» Jamás dejaré de rogar por vosotros. Si el Señor me acoge en el paraíso con D. Bosco, como espero, rogaré por todos los de todas las casas, particularmente de ésta. »

Ninguna persona extraña estuvo presente á esta conmovedora escena, fuera de algunas Hijas de María Auxiliadora y el Dr. Bettazzi que había suplicado de poder asistir como favor supremo que se le haría, y que en el registro de visitantes se llamaba « afortunado de haber asistido al Viático de un Santo. »

25 marzo.

Viernes Santo. Ayer, después de haber recibido el Santo Viático, se alivió un poco, esta noche pudo descansar mejor y nosotros volvemos á cobrar esperanzas.

Mas él siempre sin ilusiones. El amoroso interés de sus sobrinos que lo visitan diariamente, no le hace olvidar á otros parientes que viven fuera de Turín. Ellos no osaban molestarlo; pero él los manda llamar y quiere verlos uno á uno siquiera una vez; á todos les pide noticias, les dice palabras de aliento y saludándolos afectuosamente, los cita para el Cielo.

26 marzo.

Sábado Santo. D. Gusmano, al concluir la función de la Iglesia, va á desearle un buen ¡aleluya! añadiendo que todos hubiéramos deseado verlo en pie; á lo cual responde:

— ¡También yo lo esperaba!

Se permite que entre á visitarlo Sor Eulalia Bosco, sobrina en segundo grado del V. Bosco y Visitadora de las Casas de las Hijas de María Auxiliadora en el Piamonte, y su Secretaria: quieren un pensamiento, una palabra que mandar en su nombre á la Madre General y á todas las Hermanas.

— « Decid á la Madre, que les deseo que esta Pascua sea portadora de paz, de consuelos y de fervor para las Madres, para las Superiores de las Casas, las Hermanas y todas las Novicias. Estas son las felicitaciones de Pascua de 1910... Y si el Señor me deja algunos días más en la tierra, iremos á Niza y completaremos estas felicitaciones.

Una hora alarmante — Recibe la Extrema Unción — El General Sanminiatielli — Su gratitud á los médicos — Hacia el fin.

27 marzo.

¡Pascua de Resurrección!

Este santo día pasa regularmente aunque no se acentúa aquella mejoría que deseábamos. Sin embargo por la noche recibimos una dolorosa impresión.

Hacia las 9.30 manifiéstanse en el enfermo algunos fenómenos de embolia puntiforme; poco á poco pierde la palabra y el conocimiento. En un momento se reúnen en torno de su lecho los Superiores mientras se telefona al doctor Battistini, que acude inmediatamente con su automóvil; nos tranquiliza diciéndonos que el fenómeno es pasajero y desaparecerá por completo, sin dejar traza.

En efecto, vuelve completamente en sí y con maravilla ve á su alrededor á D. Rinaldi, D. Albera, D. Cerruti, D. Bertello, D. Piscetta y á todos los Superiores.

Estos disimulan su emoción, y uno tras otro le dan las buenas noches y se retiran para no inspirarle aprehensión.

28 marzo.

D. Rua está un poco impresionado por el accidente de ayer noche.

— ¡Os he espantado á todos! dijo esta mañana á Balestra. Y se ha hecho explicar cómo ocurrió el caso.

Los doctores Battistini y Clérico (éste siempre viene á verle por la noche) han asegurado que

han desaparecido todas las consecuencias del peligroso fenómeno. Mientras explican á D. Rinaldi lo ocurrido, he aquí que se presenta Balestra:

— ¿No podrían Vs. permitir, les dice, que el Sr. D. Rua se levantara hoy un poco?

Sonriendo con gracia le contesta el dr. Battistini:

— Hoy no es posible ¡veremos mañana!

¿Quién lo creería? Esta ingenua pregunta la había sugerido al fiel servidor el mismo D. Rua.

lándole el estante — *¡toma en seguida el ritual!* y pide que lea todas las rúbricas y las preces indicadas para la administración de este Sacramento, que luego después presentes sólo los miembros del Capítulo Superior, le administra el Director espiritual D. Albera. Son los únicos que lo saben en casa; se ha evitado la vigilancia hasta de los mismos servidores y enfermeros por expreso deseo del enfermo, que «no quiere contristar antes de tiempo á sus hijos y bienhechores».



La calle Cottolengo después de entrado el féretro en el Santuario.

el cual con esto pretendía quizás disipar en nosotros la ansiedad que nos causó el peligrosísimo caso de la noche pasada

Sin embargo, los médicos han consentido que tome algunos gramos de carne, se desea que vaya recobrando las fuerzas, que van faltándole progresivamente.

¡Mas no podemos hacernos ilusiones! Así es que á las 6.30, D. Rinaldi, previo acuerdo con los otros Superiores se presenta á él, y:

— Señor D. Rua, le dice, ya hemos probado todos los remedios, aunque sin resultado; ¿querría V. recibir la Extrema-Unción? ¿Quién sabe si será eficaz aún para devolverle la salud corporal.....

— Con gusto, con gusto, le responde, y seña-

Terminada la ceremonia llama á D. Rinaldi y le agradece efusivamente su piadosa indicación.

29 marzo.

No se sabe qué pensar de la enfermedad del amado Superior. Sus palabras, ya nos tranquilizan con la seguridad de su curación, ya nos arrebatan toda esperanza; pero el efecto de las oraciones es evidente. Nadie, humanamente hablando se da cuenta de las repetidas señales de una mejoría que, científica y físicamente es imposible.

30 marzo.

Recibe la visita del Teniente General D. Carlos Sanminiatielli Zabarella, Comandante de la Di-

visión militar de Liorna. El enfermo conversa con su noble visitante con maravillosa presteza de espíritu, de forma tal, que éste, al salir de la antecámara expresa su convicción de que Don Rua ha de curar.

Por otra parte el Padre amado hace ya algún tiempo que durante el día está frecuentemente amodorrado, si bien pasa las noches desagradablemente y con molestos insomnios; los médicos, no obstante, pronostican mal.

¡Pobre D. Rua! Sufre á causa de una grave hinchazón de las piernas, que ya hace tiempo están convertidas en una llaga; y ahora ¡cuánto no debe sufrir por las nuevas llagas que le ha causado su prolongado decúbito! ¡Y sin embargo, ni un lamento! Si le preguntan: — ¿Sufre mucho, Sr. D. Rua? — ordinariamente contesta: — ¡Oh! no — y pocas veces: ¡Un poco!

Su pensamiento está puesto en la mayor gloria de Dios y en la salvación de las almas. Dice á D. Albera:

« Desde que iba á las escuelas de los Hermanos en Porta Palatina he leído con gusto siempre los anales de la « Propagación de la Fé ». Aún en medio de mis ocupaciones buscaba tiempo para cooperar á ello y creo haber hecho cuánto he podido para propagar esta obra. ¡Oh! si también después de mi muerte mis hijos continuasen ocupándose en ella! »

Le agrada mucho oír que en una de nuestras casas del extranjero, los sacerdotes circunvecinos se reúnen todos los meses para hacer el ejercicio de la Buena Muerte según el método de D. Bosco:

— ¡Oh! ¡cuánto bien hacen las cosas que prescribió nuestro querido Padre D. Bosco!

Lleno de gratitud, á pesar de que los médicos le recomiendan que no se canse, si sabe que alguien desea verle, pide que le introduzcan al punto. Dícenle que una anciana Hermana del Refugio sería feliz si recibiera su bendición:

— Sí, sí, quiero verla, exclama; quiero dar gracias á esa Hermana y al Refugio porque siempre han trabajado por nosotros!....

Pero se le dice:

— V. sufre y se cansa con tantas visitas.

— Sin embargo, la caridad lo pide así y no se puede hacer de otro modo, contesta.

31 marzo.

El mes termina con una tremenda incertidumbre. Los doctores impresionados como ya lo estaban por un agotamiento general de fuerzas con acentuada depresión cardiaca, vuelven esta noche á visitarlo y nos dicen con dolor que estamos al cabo de la enfermedad: ¡la ciencia no cuenta ya con más recursos!

El enfermo sin preocuparse lo más mínimo

toma entre sus manos la del Dr. Battistini y apretándosela con afecto le dice:

— *Le agradezco con el alma cuanto ha hecho por mí. Si el Señor se digna recibirme en el Paraíso, seguiré rogando siempre por V. y por su familia.*

El médico le besa la mano y se retira profundamente conmovido.

A D. Angel Bologna que diariamente lo visita, le ha dicho:

— *D. Bologna me mira mucho; pero pronto le daré la despedida.*

A D. Lemoyné, que después de la muerte de D. Lazzero ha vuelto de Mathi y todas las tardes suele hacer compañía al enfermo, que goza conversando con él y recordando los primeros tiempos del Oratorio, le ha dicho:

— *Debemos separarnos, querido D. Lemoyné, debemos separarnos!*

Ha dado las gracias también á todos los enfermeros.

El Capítulo Superior de la Pía Sociedad Salesiana resuelve que se haga un triduo de oraciones en el Santuario de Maria Auxiliadora.



HACIA EL FIN

El triduo solemne — Va declinando — El día de los recuerdos — La última carta circular á las casas salesianas — A los Cooperadores — Santa serenidad.

1° abril.

Es el primer viernes del mes y en el Santuario queda de manifiesto todo el día el Smo. Sacramento. Los miembros del Capítulo Superior se han reservado las funciones de la comunidad durante este triduo, y en compañía de los demás Salesianos y niños se turnan ante Jesús Sacramentado.

El Dr. Battistini nos deja el siguiente boletín, bien triste por cierto:

« Las condiciones, ya muy graves por la presencia de una alteración de círculo inmanente, debida á miocarditis senil, han ido empeorando en estos últimos días por un agotamiento progresivo. Dado el estado actual, desgraciadamente no sólo no hay esperanzas, sino que se debe prever un resultado infausto no muy lejano. Actualmente, no hay peligro próximo, pero puede presentarse pronto; y también el agotamiento orgánico puede, de suyo, causar la muerte en el plazo de una semana ».

El mismo D. Rua á lo que parece, ya no hace

misterios sobre su inminente fallecimiento: á cuantos le visitan, á todos les da santos consejos y la cita: ¡Hasta vernos en el Cielo!

No es posible consignar todas sus santas advertencias. A D. Marchisio, director del Oratorio, le ha dicho:

— *Dirás á los niños que una grande gracia les ha hecho María Santísima trayéndolos á esta casa. Diles que se hagan más dignos de ella, con el estudio, el trabajo, el buen ejemplo y la piedad. A cuantos hay actualmente, y á cuantos vengan en lo venidero, recomendadles siempre la frecuencia á los Santos Sacramentos y la devoción á María Sma. Auxiliadora.*

Con D. Rinaldi estuvo hablando más de media hora con gran serenidad, dándole particulares recuerdos para los Salesianos, para las Hijas de María Auxiliadora y los Cooperadores.

Repitió para los Salesianos los avisos que con tanta solemnidad diera el 24 marzo.

— *Recomienda mucho á los Hermanos cuanto dije el día que recibí el Santo Viático y recuérdales que nuestra mayor fortuna será á mantenernos fieles en la conservación de los tradiciones de Don Bosco y evitar las novedades.*

A las Hijas de María Auxiliadora les dirás que la Sma. Virgen las ama mucho; que procuren conservar esta predilección de nuestra dulce Madre.

Para los Cooperadores repitió con las más conmovedoras expresiones todo su reconocimiento:

— *Cuando yo muera, no es menester escribirles á los Cooperadores una carta especial como se hizo por D. Bosco. Sin embargo deseo que se les diga que guardo toda la gratitud que les debo por el apoyo que han prestado á nuestras obras. Si Don Bosco dijo que sin ellos no habría hecho nada; ¿qué no debo decir yo, que soy un miserable? Estoy, pues, obligado á acordarme de ellos de un modo especial. Yo rogaré por ellos, por sus familias y amigos, para que el Señor los recompense en esta y en la otra vida.*

A D. Minguzzi le dice con grande afecto:

— *Te bendigo á tí y á tus obras: prosigue con valor; saludame al Círculo de los Antiguos Alumnos y diles que los bendigo á todos.*

A D. Barberis que está preparando una nueva edición de la vida del P. Andrés Beltrami:

— *Siempre hemos sido amigos y deseo que continuemos siéndolo en el paraíso por toda la eternidad... Animo, encomiéndate también á D. Bosco*

y D. Beltrami. También yo me he recomendado todos los días de la enfermedad, á D. Bosco y á Don Beltrami.

Y á la piadosa madre de este santo salesiano, Doña Catalina Beltrami, de Omegna, que le pide una bendición, la satisface y le dice:

— *Ahora alcánceme V. del caro D. Beltrami, una bendición especial y que continúe dispensándome su protección.*

2 abril.

En el Santuario segundo día del triduo.

Las mismas funciones y prácticas de piedad



Un grupo de niñas.

que los días de la Corte de María.

El Dr. Battistini confirma el boletín de ayer, añadiendo: «Acentuando las tintas». D. Rinaldi comunica á todas las casas el inminente peligro, con especial circular.

D. Rua recibe la visita de D. Eugenio Reffo, que le comunica los votos y oraciones que por él hacen Superiores y Socios de la Pía Sociedad de S. José. Él le da las gracias conmovido y le pregunta por su hermano Enrique, celebrado pintor.

— Trabaja siempre.

— ¡Y bien! — añade D. Rua.

Recordando la especial indulgencia plenaria para el punto preciso de muerte, concedida por Pío IX á D. Bosco en 1858 para cuantos se hallaban entonces en el Oratorio, manifiesta su complacencia de que la Santidad de Pío X la haya extendido á cuantos aceptan de grado el género de muerte que plegue á Dios mandarles, y agrega:

— Ayúdame para que yo también pueda lucrarla! Sugeridme jaculatorias en esos momentos, y aun cuando no esté en mí, dadme frecuentemente la absolución.

— Y sugiriéndole muchas plegarias ¿no lo molestaremos? ¿no lo estorbaremos en su unión con Dios?

— No, antes me haréis un gran favor.

Y dice al P. Albera:

— Después de muerto ¿dónde me colocaréis?

¿Quiso talvez manifestar el deseo de descansar al lado de D. Bosco? D. Albera, bastante preocupado, le responde:

— ¡Oh! Sr. D. Rua! no pensemos en estas cosas! esperamos que S. R. sane y pueda aún trabajar mucho.

En su extrema delicadeza, el enfermo no sólo no insiste, sino que para desvanecer la impresión que su pregunta pudo despertar, la trueca en broma, añadiendo:

— ¿Sabes? te hacía esta pregunta porque el día del juicio universal no quisiera dar muchas vueltas buscando mis huesos en un lugar mientras están en otro!

Una iniciativa de los Obreros Católicos —

El último día del Triduo — Estamos á las últimas — El „Boletín“ terrible — „¡Vocaciones! ¡Vocaciones!“ — Los últimos recuerdos — Quiere que se le encomiende el alma — Horas tremendas.

3 abril.

Ultimo día del triduo.

El Comité « Pro procesión *María Auxiliadora* » y la Unión Católico-Obrera de Turin, con permiso de la autoridad eclesiástica habían promovido para hoy á las 15.30 una devota peregrinación á la tumba de D. Bosco « á fin de obtener de la Divina Bondad la curación del venerando Don Rua, verdadero bienhechor y padre de los obreros como ya lo fué el Ven. D. Bosco ».

Los manifestos fijados á las puertas de las iglesias llevan esta nota: « En caso de mal tiempo se trasladará al Domingo 10, á la misma hora ». Y en efecto la nieve y la lluvia persistente de varios días, impiden la afectuosa demostración.

En el Santuario, en presencia de toda la comunidad, y á las 14, se hace exposición solemne del Santísimo Sacramento, ante el cual se turnan los niños del Oratorio festivo, las niñas del Oratorio de Sta. Angela y los alumnos internos; las Vísperas, *coram Sanctissimo*, son cantadas por el Prof. Dr. D. Francisco Cerruti. D. Francesia pronuncia el discurso de circunstancia con universal conmoción. Muchos son los que lloran. El orador mismo, dirigiéndose á Jesús Sacramentado y á María Auxiliadora para pedir una vez más

el milagro ó la perfecta resignación á la voluntad de Dios, se ve atajado por el llanto.

« ¡Oh Jesús, no nos arrebatas á nuestro Padre, á nuestro amigo, á nuestro Bienhechor... Esta gracia, sería, ¡oh Virgen Santa! la piedra más preciosa de vuestra espléndida corona! »

D. Gusmano celebró esta mañana en la capillita. D. Rúa le dijo:

— Temía no verte más!

— ¿Por qué?

— Creía que me iba al cielo.

Pero él mismo pregunta un rató después:

— ¿Con qué no celebramos ya el Jubileo?

Y como se le da esperanza y se le exhorta á rogar con ese fin:

— ¡Oh! no es el caso de decir como S. Martín: Si adhuc... Hay tantos capitanes que pueden llenar mi puesto.

D. Francesia le pregunta: — ¿Por qué no ha rogado con nosotros?

— Sí, he rogado con vosotros, mas no como vosotros. Vosotros queréis según vuestro deseo, y yo según la voluntad de Dios.

Vuelve nuevamente de Roma á visitar á su amadísimo tío, el profesor D. José Rua. También lo visitan diversas veces al día los sobrinos residentes en Turin y él los recibe siempre con gran cariño.

4 abril.

— ¡Estamos en las últimas! estamos en las últimas! repite él mismo desde antes de ayer.

La jornada es tristísima: se espera ansiosamente la llegada del Exmo. Sr. Morganti; el enfermo lo aguarda con afán; quiere verlo una vez más y expresarle su gratitud, y en su persona, á todos los Cooperadores Salesianos; con frecuencia se detiene á hablar de Monseñor, del celo que desplegó en Milán, de la gratitud que siempre ha tenido por D. Bosco y por su obra. Monseñor telegrafía que retarda algunos días su venida; D. Albera le contesta que no demore, si quiere verlo todavía vivo.

A eso de las 16.30 viene el doctor Battistini. Teme que no pase la noche; mas él, apenas sale el médico, quiere hacer la acostumbrada lectura espiritual. El enfermero Bosisio, que con gran diligencia lo asiste día y noche, satisface su deseo.

A los diarios que insisten pidiendo noticias, se les participa el siguiente « Boletín »: *Tras un período relativamente bueno, pero no tanto que deje esperanza de durable mejoría, de algunos días acá se van agravando notablemente las perturbaciones, debido á insuficiencia cardíaca. Se ha agrgado un estado de progresivo agotamiento que por desgracia presagia próxima la catástrofe ».*

¡Y no parece que esté realmente á las últimas! A las 17.30 poco más ó menos, discurre con Don

Cerruti sobre la necesidad é importancia de tener muchas y buenas vocaciones religiosas, y especialmente de conservarlas. D. Cerruti le expone la idea de una jaculatoria al Corazón de Jesús, que sea recitada por los Salesianos y para la cual se pidan favores espirituales al Padre Santo. Él lo escucha con visible satisfacción y le ruega la presente escrita dicha jaculatoria.

— ¡Oh! sí, ¡vocaciones! ¡vocaciones! repite, Dios nos las ha dado, conservémoslas!

A D. Rinaldi empero le da los últimos recuerdos.

— Te recomiendo llevar adelante todas las obras de índole social, especialmente las iniciadas para incremento de los Oratorios festivos y de los Antiguos Alumnos; ellas harán tanto bien!

Una vez más se permite que entre á verlo la Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora, acompañada de algunas hermanas; permanecen algunos instantes. Las bendice de nuevo, como lo ha hecho repetidamente durante la enfermedad, vuelve á agradecerles efusivamente las oraciones que hacen por él en Niza y en todas sus casas, y todavía tiene un recuerdo para la Superiora.

Al salir ellas, suplica que le llamen á D. Francesia. Este vuela á su lado:

— Toma el ritual!... y encomiéndame el alma.

— ¡Pero, querido D. Rual!

— Sí, sí, encomiéndame el alma!

Es una alarma, una consternación general. Los Superiores que se hallaban en privada conferencia interrumpen la sesión, acuden al aposento y, arrodillándose responden las oraciones. D. Rua, sereno, tranquilo, casi sonriente, responde también.

Y sin embargo sufre, y sufre mucho.

— Si para morir — dice á D. Albera — se necesita sufrir más, no sé qué será de mí.

— Deus qui dat nivem sicut lanam, le dará fuerza también á S. R.; tenga confianza en su misericordia.

Sucedan horas desoladoras. A las 19,30 en el Santuario y poco después en el Oratorio de Santa Angela, se hace entre lágrimas la función de la Agonia.

El Dr. Clérico que lo venía asistiendo con el cariño de un hijo, ha debido ausentarse improvisamente por la muerte de su suegro. D. Rua, á quien no fué posible ocultar la causa, sintió viva pena y rogó al Dr. Battistini que le hiciera manifiesta su gratitud por los filiales cuidados que le prestó. Al Dr. Clérico le sustituye el Dr. Forni, que pasó la noche al lado del enfermo.

Los aposentos contiguos se llenan de hermanos. A las 10 vuelve el Dr. Battistini; salvo complicaciones, D. Rua alcanza á la mañana del día siguiente. Los Superiores y los sobrinos rodean

su lecho. Hacia la media noche recobra un tanto las fuerzas, da las gracias á los médicos y les ruega que descansen. Todos están admirados de la resistencia y de la lucidez de espíritu, y se retiran.

Recibe por última vez la Santa Comunión

— Conmovedor saludo — Recobra un poco de vida — El Principe Gonzaga — Una jaculatoria al Sgdo. Corazón de Jesús — Calma impresionante — Nueva bendición del P. Santo — El Sr. Arzobispo de Rávena — „¡D. Bosco, yo voy á tí!”

5 abril.

A la 1½ entra el abog. D. Javier Fino. Don Rua lo reconoce perfectamente, lo mira fijamente y en señal de gratitud le estrecha la mano con grande afecto.

A las 2 comienzan las Misas en la capillita contigua. Ocho sacerdotes se suceden sin interrupción y todos añaden la oración *pro infirmo mortis proximo*.

La segunda, celebrada por D. Francesia, es la que oye el moribundo. D. Rinaldi está á su lado. ¡Oh! maravilla! D. Rua sigue con la mayor atención punto por punto el Santo Sacrificio é *infra missam* recibe la Santa Comunión, con gran contento de todos los presentes.

Cuando termina el Santo Sacrificio, D. Rinaldi le pide que bendiga una vez más á todos los Salesianos presentes y ausentes, á sus alumnos y á sus obras todas. El moribundo entonces con voz fuerte y solemne pronuncia la fórmula que solía usar D. Bosco, haciendo una gran Cruz con gesto tembloroso, pero largo y resuelto.

— *pax et copiosa benedictio Dei Omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, descendat super vos, et super omnes Salesianos, et alumnos, et cooperatores, et maneat semper, semper!*

— ¡Amen! responden los presentes con los ojos llenos de lágrimas.

Y vuelve á caer en sopor. Parece que el agotamiento recobra su curso fatal. A las 4.30, cuando la campana mayor del Santuario toca el *Ave Maria*, se teme que exhale el último aliento. Todos se arrodillan. A su lado están: á la derecha D. Albera y el enfermero; á la izquierda D. Rinaldi y D. Francesia; al rededor D. Gusmano y muchos hermanos. Y he aquí que de improviso se vuelve á D. Rinaldi y mientras con la izquierda lo abraza paternalmente por el cuello, le pasa en la cabeza la diestra temblorosa, y permanece así algunos instantes, murmurándole al oído algunas palabras, con tanto afecto y ternura, que impresiona á todos los presentes.

De allí á poco parece que recobra nuevas fuer-

zas y quiere que todos se retiren á descansar, porque también él desea reposar. Esta enfermedad nos parece á todos un misterio.

Amanece el día y parece que D. Rua va resucitando. A las 8 hace que todos los presentes recen con él las oraciones de la mañana, y agrega con acento clarísimo:

— *Ahora, para que todo proceda bien, cada cual se dedique á sus propias ocupaciones, y conformes en todo á la voluntad de Dios.*

Entra á verlo D. Cerruti y lo halla con plenísima lucidez y hasta con fuerzas. Le besa la mano, lo felicita por la mejoría, le agradece los preciosos recuerdos que le diera el día anterior con tanto afecto y le dice que hará un *memento* especialísimo por él en la misa que iba á celebrar.

Poco después son introducidos en el aposento el Príncipe Gonzaga, con una hija y la Sra. Da. Eugenia Ravizza, de Milán. A eso de las 10 el enfermo pide que se le lean los puntos de la meditación. Se le observa que su estado es grave, que se resigne á cumplir también en eso la voluntad de Dios. Pero sólo en parte cede á la observación, reza el *Veni Sancte Spiritus* y se hace leer el tema de la meditación y las varias resoluciones sobre lo cual se detiene 10 minutos con gran recogimiento. Mientras tiene un hilico de vida no acierta á dispensarse de ninguno de sus deberes.

Vuelve D. Cerruti y le dice:

— Vengo á traerle, escrita á máquina, la jaculatoria de que le hablé ayer tarde.

— ¡Ah! sí! bravo! te esperaba; me acuerdo que te recomendé traerme la escrita.

La jaculatoria era ésta:

« *Cor Jesu Sacratissimum, ut bonos et dignos operarios Piae Salesianorum Societati mittere et in ea conservare digneris, te rogamus audi nos.* »

A la presencia de D. Albera y de D. Francesia se la lee D. Cerruti y él repite atentamente palabra por palabra, acentuando especialmente el *in ea conservare*, y pide se la pongan debajo de la almohada.

A D. Marchisio que le pide una bendición para los estudiantes, que empezaron el domingo sus ejercicios espirituales:

— *De buen grado bendigo los ejercicios espirituales de los estudiantes, como también bendigo á los artesanos que los empezarán el domingo venidero. Díles á todos, que los hagan de modo, que tengan que alegrarse sus Ángeles de Guarda.*

Al Prof. D. Pedro Gribaudo, presidente del Círculo « Juan Bosco »:

— *Te recomiendo la Federación de los Antiguos Alumnos.*

A D. Rinaldi le dice repetidas veces:

— *Dime, ¿cómo estoy?*

— ¡Muy mal, amado Padre!

— *¿Es de veras grave mi estado?*

— Desgraciadamente ya no hay esperanza!

— *Pero ¿habéis hecho cuanto podíais?*

— Nos parece que no hemos ahorrado ni médicos, ni medicinas, ni oraciones.

— *Luego, ¿no os queda nada más?*

— Nos queda la esperanza de un milagro.

¿Quiere S. R. rogar también con nosotros?

— ¡Gustoso!

Después de orar, pregunta:

— *Y ahora ¿qué debo hacer?*

— Esperar que el Señor nos escuche.

De pronto:

— *Conque ¿cuando moriré?*

— Talvez esta tarde, dicen los médicos; talvez dentro de pocas horas... ya le avisaremos.

— *¡Está bien! por ahora dejadme tranquilo; no me introduzcáis á nadie más; recibiré solamente á Mons. Morganti á quien espero; entre tanto me dispondré á cumplir la voluntad del Señor.*

Más tarde exclama:

— *¡Pues bien! ensayaré si puedo ir al paraíso durmiendo!*

Por conducto de la Procuraduría, desde ayer tarde se le comunicó el agravamiento al Padre Santo, quien mandó en el acto una especialísima Bendición Apostólica:

« *D. Rinaldi, Oratorio - Turin. — Padre Santo efusión corazón envía venerando D. Rua Bendición Apostólica con Indulgencia Plenaria. — Bressan.* »

Se contestó en señal de gratitud:

« *Mons. Bressan, Vaticano-Roma. — D. Rua, siempre en extremo pelgro, recibió conmovión profunda Bendición enviada, agradece humildemente reafirmando nombre entera Sociedad Salesiana veneración Cátedra Apostólica. — Rinaldi.* »

También el Emmo. Card. Richelmy, que se halla en Roma, le envía su Bendición.

A las 12,30 llega por fin el Sr. Arzobispo de Rávena y sube temblando al pobre aposento. Apenas lo ve D. Rua, saca el brazo de entre las mantas, abraza á tan amado hijo, y exclama:

— *¡Ahora estoy contentó! ahora estoy contentó! ahora estoy contentó!*

Monseñor le pide la Bendición y D. Rua se la da: su voz apenas se percibe, ahógala un hipido; no bien termina la fórmula:

— *¡Y ahora tú á mí!* dícele con viveza y recibe humildemente la bendición del Prelado.

Después del medio día continúa su curso la prostración: por desgracia las pupilas comienzan á dilatarse. Con manifiesta alegría recibe la visita del Canónigo Ferrero, el « Padre » de la *Piccola Casa della Divina Provvidenza*.

— *Unde hoc mihi?... unde hoc mihi?* exclama al verle: *le agradezco tanto la caridad que ha tenido siempre con nosotros y que V. continuará teniendo en lo venidero.*

Las adoratrices del Smo. Sacramento que viven en rigurosa clausura en la Piccola Casa, orarán toda la noche por D. Rua. Por él ofrecerá el « Padre » también todas las demás oraciones de la Piccola Casa.

D. Albera le lee un telegrama de los Seminaristas teólogos de Milán, candidatos al sacerdocio y ex-alumnos de los Salesianos, que prometen una peregrinación al Santuario de Valdocco y « *le piden devotos extrema bendición* ». D. Rua escucha conmovido y alza la mano bendiciendo.

Por la tarde siente dificultad para reconocer á las personas y por la noche pierde por completo la vista. El « Boletín » médico de esta mañana decía:

« *El pulso está siempre debilísimo, imperceptible; la conciencia ligeramente nublada. Las condiciones persisten poco más ó menos iguales* ». El de esta tarde á las 17.50: « *Desde esta mañana se nota una ligerísima mejoría en las condiciones del pulso; pero la inteligencia está á intervalos más ofuscada y persiste siempre el estado gravísimo* ».

D. Albera y D. Francisca se turnan en sugerirle jaculatorias y rezarle las oraciones de los agonizantes.

A las 20 se acentúa el agravamiento que preagia próximo el fin.

En el pórtico de abajo cantan los estudiantes, antes de las Oraciones de la noche, el conocido himno: « *Presso l'augusto avello* », que termina con

este estribillo: « *Don Bosco io vengo a te* » (Ante la augusta tumba... Don Bosco, voy á tí). El eco de las últimas notas sube triste y solemne. Don Rua abre los ojos bañado el rostro en suave alegría y repite con gran sentimiento:

— *¡Sí, D. Bosco! también yo voy á Tí... D. Bosco voy á Tí.*

A las 22 poco más ó menos « *entra en agonía, calmísimo, sin grandes sufrimientos y conservando siempre el conocimiento* ». Mons. Morganti se le acerca y D. Rua le dice:

— *Si me quieres dar la bendición, la recibiré agradecido.*

Es una escena ternísima.

— *Véte á dormir*, le dice, esforzándose por fijar en él la mirada.

Vuelve á rezarse la recomendación del alma y el enfermo se esfuerza por seguirla con ligero movimiento de los labios y de manos.

A las 23 eleva una vez más el descarnado brazo sostenido por D. Rinaldi, y da la última bendición á todos sus hijos, presentes y ausentes. La palabra tartamudea, el rostro se ilumina con la sonrisa de un padre que se siente en medio de la familia y que quiere dejarles á todos y á cada uno un pensamiento, una palabra de gratitud y amor.

Los médicos se retiran, quedando sólo el Dr. Clérico. Y la ciencia se declara definitivamente impotente contra el avasallador avance de la muerte.

LA MUERTE

El saludo de Alassio — Ternísimos recuerdos — Las últimas jaculatorias — Del letargo al estado comatoso — Todos los Alumnos van á besarle la mano — Se duerme en el Señor.

6 abril.

Poco después de medianoche D. Rua se despierta de su largo sopor. El Arcipreste de Alassio D. Bartolomé Podestá, Canónigo, que acaba de llegar con el Director Salesiano D. Luchelli, aprovecha la ocasión para ofrecerle las oraciones y votos de aquel Colegio Cívico, de Mons. Felipe Alegre y de toda la ciudad de Alassio. El moribundo abre los apagados ojos y sonríe, regociándose dulcemente.

A la 1 ½ se sacude otra vez, y D. Francisca le dice al oído:

— Aquí estamos rogándole á Dios que te abra el Paraíso!

Él lo escucha con mucha atención.

— ¿Saludarás por nosotros á D. Bosco, verdad?

Al nombre de D. Bosco, el rostro del muriente se ilumina y la sonrisa se hace más dulce y sensible.

— Verdaderamente nos juega una mala partida, dice D. Francisca á los que le rodean. Y después nos saludarás á Domingo Savio ¿no es cierto? y á D. Alasonatti... D. Ruffino... Don Provera... D. Bonetti... D. Sala... Mons. Lasagna... D. Belmonte... D. Durando... D. Rocca... Don Lazzeri...

A cada nombre, se difunde una palpación de vida en el cadavérico rostro del moribundo, que parece transfigurarse; hasta que no pudiendo expresarse mejor y decir todo el gozo que experimenta en esos momentos, alza la diestra y á cada nombre la deja caer cerrada, sobre las mantas, en señal de afirmación.

Un momento después dícele D. Francisca:

— *Domine ad adiuvandum me festina.....*

Y él — *Sí, sí, festinal... festinal...*

— *Moriatur anima mea morte sanctorum!*

— *Iustorum, iustorum* — repite con manifiesta atención.

Cada jaculatoria lo despierta de su concentración y él la repite con grande afecto.

La última que pudo balbucir fué una de las que aprendió de D. Bosco en su niñez: « *Dulce corazón de María, haz que salve el alma mía!* ».

— *¡Oh! sí! salvar el alma, añade, es todo!... es todo!... salvar el alma!...*

Y fueron estas sus últimas palabras. Hasta el alba, oyó todavía las jaculatorias que se le sugerían, pues, apenas las oía, se le veía poner el



Las visitas á los restos.

oído y retener religiosamente el respiro; mas no habló ya.

A las dos se empiezan las Misas en la contigua capilla; pero el moribundo ya no puede recibir la Santa Comunión.

Al toque del *Ave María*, abrió todavía un buen rato los ojos; las pupilas estaban muy dilatadas y apagadas; los paseó en largo giro por el contorno, sonriendo como en señal de grande afecto y de paterna gratitud para con todos sus hijos y bienhechores....

Poco después, la respiración se hace difícil é interrumpida, aunque el pulso, antes insensible del todo, comenzaba á dar perceptibles latidos y el cuerpo recobraba el calor natural. Parecían señales de vida y eran señales de muerte. Lentamente pasaba del sopor al estado comatoso; el último « *Boletín* » de los médicos, redactado á las 8, no dejaba lugar á ilusiones.

Entonces tuvo lugar una escena piadosa que jamás se olvidará.

Los clérigos y niños que no habían podido acercarse durante la enfermedad, fueron admitidos á besarle la mano una vez más. En larga procesión desfilaron uno á uno por el lecho del moribundo que estaba ya insensible... ¡Qué dolor! ¡qué pena! Después de los niños, quisieron desfilar también las Hijas de María Auxiliadora que estaban en la iglesia pidiendo á Dios hiciera menos dolorosos los últimos sufrimientos del Padre: al frente iba la Madre General. La nueva de la inminente catástrofe se difundió rapidísimamente, y todas las personas que se hallaban en la iglesia, siguieron á las Hermanas. Más de una hora duró el triste desfile y hacia pocos minutos que había acabado, cuando á las 9,37, sin gemidos, casi sin que nadie lo advirtiera, volaba á los cielos el alma grande del primer Sucesor de D. Bosco!

El dr. Battistini que se había inclinado para cerciorarse, nos dijo más con gestos que con palabras que D. Rua había muerto; volvió á inclinarse, y haciendo esfuerzos por reprimir las lágrimas, imprimió los labios ardientes sobre la frente helada del cadáver!

Todos hincaron las rodillas y, contestando al sacerdote que daba el primer saludo á los restos invitando á los Angeles del Señor á salir al encuentro del alma que los había dejado, rompieron á llorar!

Poco después, la gran campana del Santuario y en seguida la de la parroquia de S. Joaquín anunciaron á la ciudad el tristísimo suceso.

El anuncio de la muerte — Dolor universal — Esposición del cadáver — Extraordinaria afluencia de gente de toda clase — El pésame del Gobierno.

El acontecimiento se anunció en seguida al Padre Santo, al Cardenal Arzobispo, al Alcalde y al Prefecto (Gobernador) de la ciudad, á la Reina Margarita, á Sus Altezas Reales é Imperiales la Princesa Leticia, la Princesa Clotilde y al Príncipe Tomás, Duque de Génova; á S. E. el Presidente del Ministerio, Luzzatti, al Hon. Bosselli, al Emmo. Card. Merry del Val y á varios otros Eminentísimos Cardenales, á otras autoridades y notabilidades, á la Procuraduría General y á todas las Inspectorías Salesianas; y en el acto respondió el eco de universal dolor.

El cadáver fué pronto religiosamente compuesto. Sobre la sotana se le puso el roquete y la estola — roquete que había recibido como regalo con la expresa voluntad de que se colocara sobre su féretro; la estola que buscaba y cogía en las últimas horas — entre las manos cruzadas, se

le pusieron el Crucifijo y el rosario; y por la tarde se le trasladó á la iglesia de S. Francisco de Sales, donde hace 50 años había celebrado su primera Misa; allí, colocado sobre humilde catafalco, cubierto con un simple crespón funerario, se le expuso á la vista de miles y miles de visitantes. Entretanto en el Palacio de la Ciudad el Ayuntamiento hacían solemne conmemoración del difunto.

7 abril.

Hoy se ha renovado la conmovedora peregrinación desde las primeras horas de la mañana; y todo el día ha sido una no interrumpida sucesión de carrozas señoriales, de elegantes automóviles en la plaza de María Auxiliadora, mientras continúa sin intermisión la onda del pueblo.

En la capilla ¡que de conmovedoras escenas! Todos quieren tocar en el cadáver rosarios, medallas, leontinas, libros, imágenes, pañuelos.... las señoras dan con el mismo fin sus anillos y sortijas á los sacerdotes y clérigos que hacen este piadoso oficio; muchos caballeros sus relojes, y los estudiantes de la Universidad sus libretas. La peregrinación aumenta extraordinariamente por la tarde y llegó á su colmo á boca de noche, al salir los obreros de sus fábricas. Se calcula en 60.000 las personas que han desfilado hoy ante el cadáver.

A las 16 llegó al Oratorio el Ilmo. Sr. Com. D. Jaime Vittorelli, Prefecto de la ciudad, que había recibido orden del Hon. Teobaldo Calissano, Subsecretario de Gobernación, de dar al Prefecto General de la Pia Sociedad Salesiana, D. Felipe Rinaldi, el pésame del Ministerio por la muerte de D. Rua, y la expresión de la admiración por los trabajos que los Salesianos realizan en el exterior en beneficio de los emigrantes italianos. El Sr. Prefecto manifestó que unía su pésame personal al del Gobierno. Fué recibido y atendido por el M. R. Don Rinaldi y los Consejeros Municipales Fino y Gribauidi.

Los funerales.

¡Nuestro D. Rúa! — Colocación del cadáver — A la Misa fúnebre — S. A. R. é I. la Princesa Leticia — El pontifical de Mons. Marengo.

8 abril.

Los primeros trenes derraman sobre la ciudad un crecido número de forasteros. Un revisor de



El cadáver en la capilla ardiente.

billetes de la línea Milán-Turín, viendo un compartimiento lleno de sacerdotes, exclama:

— ¡Oh! bien sé por qué los Reverendos Sacerdotes van á Turín! También ayer los obreros de Turín, antes de ir á trabajar, y á mediodía y á la tarde, han ido á ver los restos de « nuestro Don Rua » y se echó á llorar.... Era un antiguo alumno.

También esta mañana hasta las 8 ha sido un gentío y un movimiento conmovedor; pero á la postre hubo de cerrarse la iglesia para la colo-

cación del cadáver. Asistían todos los Superiores y algunas pocas personas más, entre las cuales el Dr. Bestente, del Ayuntamiento. Los despojos mortales del Sucesor de D. Bosco se colocaron religiosamente en doble caja, dentro de la primera, á los piés y en un tubo de vidrio sellado con el sello de la Pía Sociedad, se colocó el siguiente documento:

« En el nombre de Dios. Amén.

» Los infrascritos dan fe de que en este féretro yacen los despojos mortales del Sacerdote Don Miguel Rua, 1º Sucesor del Ven. Juan Bosco.

» Nació en Turín el 9 junio 1837 de Juan Rua y Juana María Ferrero y murió en el Oratorio de S. Francisco de Sales de miocarditis senil, el 6 abril 1910 á las 9,37, pocos minutos después de que todos los niños del Oratorio habían sido admitidos á besarle la mano por última vez, el año 7º del Pontificado de Pío X y 10º del reinado de Víctor Manuel III, gobernando la Arquidiócesis de Turín el Cardenal Agustín Richelmy.

» De sus virtudes admirables y heroicas, singularmente de su ardiente celo por la gloria de Dios y salvación de las almas, y del dolor general que en el mundo civilizado suscitó su muerte, hablará la historia.

» El cadáver, depuesto en un cajón De María (1) viste el hábito talar y está revestido de roquete y estola. En el féretro, junto con este pergamino están colocadas tres medallas de María Auxiliadora y algunas monedas del reino de Italia.

» ¡Descansa en paz, oh padre bendecido! junto á quien te quiso por compañero en sus empresas, y así como tu nombre vivirá unido al de D. Bosco, así tu espíritu exulte junto al suyo eternamente. Amén.

Turín, 8 abril 1910.

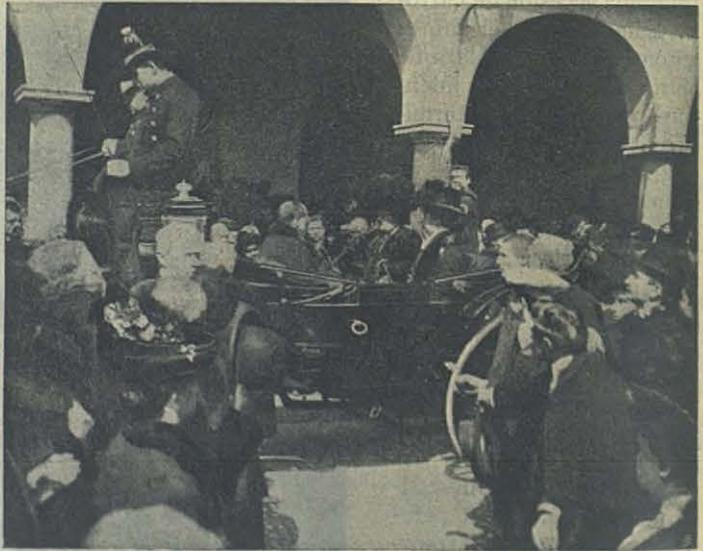
» Nota. — Del presente verbal queda otra copia para el Archivo salesiano. »

Firmas: D. Rinaldi Filippo - Gio. Marengo Vescovo di Massa - D. Albera Paolo - D. Cerruti Francesco - D. Bertello Giuseppe - D. Piscetta Luigi - D. Lemoyne Gio. Battista - D. Marchisio Secondo - Dott. Pietro Clerico, médico de cabecera, y muchos otros.

(1) Es una nueva preparación para la conservación de los cadáveres, inventado por el cab. José De María, de Turín. Dicen que conserva por mucho tiempo las facciones de los cadáveres, por lo cual también nosotros lo recomendamos á nuestros amigos.

Apenas cerrado, el féretro fué trasportado al Santuario de María Auxiliadora atravesando el patio de S. Francisco de Sales, y colocado en un modestísimo túmulo bajo la cúpula: seis cirios, algunas luces, ninguna flor, ningún adorno, si se exceptúa la corona de bronce, espléndido entretrejo de palmas y laureles, enviada por el Comité Salesiano de Milán.

Al rededor del féretro toman puesto los Miembros del Capítulo Superior, el Vice-Procurador General D. Dante Munerati, los sobrinos y parientes del extinto, el Senador Antonio Manno con el Comité Promotor de los festejos jubilaires, el Clero secular y regular, numerosos Inspectores



La princesa Laetitia sale del Santuario.

y Directores de las Casas salesianas de Italia y fuera, el Capítulo Superior de las Hijas de María Auxiliadora y muchos ex-alumnos.

El Santuario enlutado presentaba un aspecto imponente. Poco antes de las 10 llega con brillante séquito S. A. R. I. María Leticia, Duquesa de Aosta, á quien reciben D. Rinaldi, D. Albera, D. Minguzzi, el Barón Manno, el cab. Brazzoli, la Marquesa de Crispolti y la Condesa de Capello, y conducen á su reclinatorio, colocado de la parte del Evangelio, entre las Damas Protectoras de las Obras Salesianas. Al lado opuesto están los representantes del Cardenal Arzobispo y las más elevadas autoridades de la ciudad, los Arzobispos y Obispos y varios Consejales. Jamás se vió tanta gente y tal recogimiento!

La Misa fué pontificada por Mons. Juan Marengo, Obispo de Massa-Carrara, con asistencia de Mons. Morganti, Arzobispo de Rávena y Mons. Scapardini, Obispo de Nusco.

La ejecución musical — dice el *Momento* — estuvo á cargo de la Escolanía del Oratorio bajo la dirección del M^o Dogliani: con admirable buen gusto se había dividido el programa entre canto llano, de la última edición vaticana y canto figurado. Así fué ejecutado el severo melódico *gradual* de Griesbaker, el *Dies irae* de Palestina y el *Benedictus* de Ponten. Las otras partes y las exequias fueron de canto gregoriano.

La onda numerosa del canto se difundía como un lamento, excitando el recogimiento y aumentando la conmoción: todo de efecto bellísimo, especialmente la parte gregoriana, ejecutada á la perfección: era solista el P. Cimatti, profesor del Seminario de Valsálce, habilísimo intérprete y lo secundaba la masa coral, con una perfección que no se puede desear mejor.

En las naves del crucero, detrás de las representaciones de los colegios salesianos, había una selva de banderas enlutadas, de Sociedades Católicas. El puesto de honor lo ocupaban las banderas de los artesanos y estudiantes del Oratorio, á entrambos lados del altar mayor.

Terminada la Misa, iglesia, patios, plaza.... presentan el aspecto de una fiesta extraordinaria. Jamás se vió tanta gente, ni siquiera el día de la Coronación de María Auxiliadora! Los forasteros llegados para tributar á D. Rua los últimos honores, son numerosísimos. Particular mención merecen los representantes de Mirabello, en donde estuvo dos años de director del primer Colegio de D. Bosco; de Castelnuovo d'Asti, de donde era ciudadano honorario; los enteros Colegios de Castelnuovo y Chieri; los numerosos alumnos de los Colegios de Lanzo, S. Benigno, Cuorgnè, Novara, Sondrio, Maroggia (Suiza), Milán, Varazze, Borgo S. Martino; las del Oratorio festivo y Cooperadores de Lugano (Suiza) y los Antiguos Alumnos de Milán, San Pier d'Arena, Bologna, Allassio, etc., etc.. Es imposible seguir.

**La Sepultura — Gentio innumerable —
Imponente cortejo — Cinco Obispos —
Plebiscito de bendiciones.**

« He asistido — escribía el corresponsal de *l'Unione* de Milán, á los funerales de Amadeo, Duque de Aosta y Rey de España, á los cuales tomaron parte en Turín inmensas muchedumbres porque era popularísimo; he visto los funerales de Biancheri en nuestra ciudad y he contemplado otras demostraciones imponentes del pueblo; pero una demostración tan grandiosa, tan inmensa, conmovedora, indescriptible, como la que hoy ha tributado Turín á D. Rua, ciertamente no se ha visto jamás y quizá ni siquiera en ninguna ciudad de Italia: era Turín el que

acudía á dar el último saludo al ciudadano ilustre y benemérito, al grande filántropo, al padre, al amigo, al apóstol de la juventud ».

La Stampa, escribe á su vez: « Para tener una idea exacta de lo que fueron los honores fúnebres tributados hoy á D. Rua (8 abril) precisa retroceder muy atrás en los recuerdos de funerales imponentes, y traer á la memoria las más grandes y más espontáneas pruebas de afecto que el pueblo ha tributado, en raras circunstancias, á los pocos personajes ilustres por quienes el alma de la multitud, varia y múltiple, ha experimentado palpitaciones de reconocimiento. La solemne ceremonia de hoy ha sido una solemne apoteosis del amor y la bondad ».

L'Italia Reale « Asombroso espectáculo el de Turín poniendo de relieve la concordia universal en la participación al luto de la familia salesiana; la unánime gratitud al Bienhechor del pueblo, á la Institución que él representaba, para la cual la misma tumba que se abre señala auroras de destinos más gloriosos todavía: la profesión de fe, pública, solemne, conmovedora, grandiosa en la tristeza del luto, en el palpitar de los corazones y en el fervor de la oración. Es una página gloriosa y bella que Turín ha escrito en sus anales, y la santa poesía de piedad, de caridad, de grandeza que resuena en ella, tendrá un eco profundo en su historia ».

Il Momento: « La realidad supera toda imaginación. Al redor del féretro se concentran todas las representaciones oficiales y las más altas autoridades civiles; pero detrás de los cordones de guardias que ponen dique á la inmensa ola popular, en la plaza y en los viales, hay una multitud cual no se había visto jamás; y lo que más conmueve, es la significación que esto tiene; es el tributo de gratitud, de veneración, de afecto. Suceder á D. Bosco no era empresa fácil; mantener durante un cuarto de siglo, viva é intensa la irresistible simpatía que D. Bosco suscitó, no podía ser obra sino de una persona humilde y grande como había sido el padre. La demostración popular á los despojos de D. Rua fué la más elocuente, la más conmovedora que se podía imaginar. Las campanas que doblaban aludiendo á su sepultura, entonaban á la vez el himno de su triunfo ».

A las 3 una multitud innumerable llena la plaza; y en los patios se van agrupando los representantes de las autoridades eclesiásticas, civiles, militares, académicas, judiciales, provinciales, municipales; de Arzobispos, Obispos, Colegiatas, Seminarios, Cofradías, Establecimientos y Casas de Comercio; enviados y corresponsales de diarios, institutos, colegios, asociaciones con más de 100 banderas; el Vicerector del Reformatorio de « La Generala » representando toda la

Dirección, y un buen grupo de jóvenes de dicho instituto representando, por orden del Ministro de Gobernación, á todos los Reformatorios Gubernativos de Italia... El Alcalde ha trasladado á otro día la reunión del Consejo y enviado al Consejal Rinaudo á representar al Ayuntamiento.

A pesar de tanto gentío no hay ni puede haber desórdenes. El servicio está de tal modo establecido, que el cortejo tiene que formarse con orden y proceder sin incidentes. La Guardia ha trazado dos líneas ideales, que dejan descubierta buena parte de la Calle Cottolengo y de la plaza. Mirando desde la iglesia no se ve sino un mar de cabezas, cuyas ondas se agitan en dos alas por ambos lados de la Calle Cottolengo y una inundación que llena la plaza y alameda Regina. En los edificios laterales en construcción hay carabineros. La multitud aumenta por momentos. Todas las otras calles cercanas presentan la misma animación. Los tranvías apenas pueden moverse. En el centro de la alameda las carrozas y los automóviles forman una barrera que negrea de cabezas. Los cinematógrafos trabajan sin cesar para fijar en sus cintas estas escenas sublimes.

Numerosas personas vocean periódicos y postales ilustrados con el retrato del difunto. Parece que Turín entero se derrame sobre Valdocco. ¿Cuántos habrá? ¿Cien mil? ¿Y quién puede hacer un cálculo preciso? Y después de todo..... mil personas más, mil personas menos son nada ante una manifestación de duelo en que toma parte toda la ciudad sin distinción de partidos.

Muévese á las 16 el cortejo:

Ábrenlo las Damas de María Auxiliadora; siguen: la Compañía de los Dolores de S. Juan Evangelista; alumnas y alumnos de las Escuelas Municipales «Edmundo de Amieis», Unión de la Consolata formada por las obreras del Cotonicio Poma, Instituto Inmaculada Concepción, Oratorio «Don Rua», de Mirabello, Sociedad de Mutuo Socorro y Patronato de jóvenes obreras, Hijas de María de Borgo S. Donato y parroquia de S. Joaquín, Hermanas Franciscanas Misioneras, Instituto S. Pedro, Circulo sportivo Valdocco, Oratorio festivo de Carmagnola, Oratorio festivo de Lugano, los Artesanitos del Corso Palestro, Colegios salesianos de todo el Piamonte, numerosas órdenes monásticas de mujeres, casa correccional «La Generala», Seminaristas, Sacerdotes salesianos, Clero turinés, Colegio de párrocos de la ciudad, Capitulo Metropolitano, Canónigos de la Sma. Trinidad y Corpus Domini.

El cortejo procede por las calles Cottolengo y Biela, para desembocar en el Corso Regina.

Las columnas salen ordenadas de la iglesia y

el hallar lugar despejado facilita la marcha de la columna. La primera parte es interrumpida por la Banda de los Artigianelli. Al vibrar las primeras tristes melodías corre un escalofrío por toda aquella multitud inmensa. Vienen los grupos de niñas huerfanitas, vestidas de blanco, con una cruz enlutada: es la inocencia que pasa cubierta con un velo de tristeza que inclina sus frentes bajo el peso de graves pensamientos.

El cortejo está interrumpido por las otras tres bandas cuyas lúgubres armonías son interrumpidas por los gemidos del *Miserere*.

El desfile es majestuoso entre la multitud incontable: parece que no tiene fin, parece que se pierde en esa larga vía que semeja acabarse en el horizonte, cortada por el enorme bloque de los prealpes que, cubiertos de nieves, brillan como si fueran de plata.

Cuando el primer Obispo, Mons. Marengo, asoma á la puerta, ya los canónigos y sacerdotes enfilan la calle de Biela y la selva de banderas de diversas Asociaciones es tan espesa, que á duras penas logra la vista abrirse paso á través para ver más allá. En pos del Obispo Salesiano van lentamente Mons. Castrale, Obispo tit. de Gaza, Vicario General de Turín, representando al Emmo. Card. Richelmy, Mons. Spandre, Antiguo Alumno del Oratorio y Obispo y Príncipe de Asti, Mons. Teodoro de los Condes de Valfré y Bonzo, Arzobispo de Verceles, Mons. Morganti, Arzobispo de Rávena.

Cuando los Obispos están en la plaza, el cortejo se detiene: las campanas siguen doblando lentamente: el silencio es absoluto, solemne. Detenido, el cortejo se extiende más imponente: así también cuando el llanto anuda la garganta prorrumpe después en un sollozo largo, agudo, interminable. Cuando el féretro asoma, parece que la multitud contiene hasta el respiro. Se perciben clara y distintamente los movimientos de los cinematógrafos que fijan para la historia la página dolorosa y luminosa.

El carro comienza á moverse, y ya el cortejo ha recorrido la alameda Regina Margherita y está para cruzar en la Calle Ariosto. Las dos mitades de la corona se cerrarán antes que las representaciones hayan desfilado todas. Vía Cottolengo, Via Biella, Corso Regina Margherita, via Ariosto presentan un aspecto majestuosamente hermoso. Todas las ventanas rebosan de gente. Es un espectáculo grandioso que jamás podrá olvidarse. Hemos dicho que en Valdocco había cien mil personas: en la manifestación por las calles este número ha sido superado con mucho. Es gente, no solo de Turín, de Italia, sino de todo el mundo.

Los ocho cordones del carro de segunda clase los llevan: á la derecha el Barón Manno, Senador

del Reino, en representación del Comité para el Jubileo de D. Rua; el Comendador Taglietti, primer Presidente del Tribunal Supremo; el abogado y publicista Scala, en representación de los Cooperadores Salesianos; D. Juan Gaggino, en la de los Antiguos Alumnos de D. Bosco; á la izquierda: el Comendador Bacchialoni, procurador general de la Corte de Apelación; el Cab. Scamoni, Consejero delegado de la Gobernación, en representación del Sr. Vittorelli; el Comendador profesor Rinaudo, antiguo alumno de D. Rua, en representación del Ayuntamiento; el

Comandante de la primera Región y de su División; Consejeros de la Gobernación, Asesores del Ayuntamiento, el primer oficial de la Orden Militar de S. Mauricio y Lázaro; consejeros municipales, varios Cónsules el alcalde de Castelnuovo, representaciones de varios municipios; Cooperadores, ex-alumnos, caballeros, profesionistas, empleados y obreros de varios establecimientos como p. ej. los numerosos del establecimiento algodonero Poma, en fin, varios millares de personas.

Cierran el Cortejo 120 Asociaciones católicas



En Valsálce: la bendición del cadáver.

Dr. Dante Munerati, P. S. S., por la Procuradoría General de los Salesianos ante la Santa Sede.

Escortaban el carro doce guardias municipales vestidas de gala y los pajes y libreas rojas de las casas ducales de la Duquesa de Aosta y el Duque de Génova; seguíanlo el Rev. P. Rinaldi, presidiendo el Capítulo Superior, los PP. Albera, Cerruti, Bertello, Piscetta, Francesia, Barberis y Lemoyne y la Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora, Sor Catalina Daghero. Vienen los parientes del llorado D. Rua: Inspector Miguel Rua y abogado Victor Rua: y demás deudos.

Siguen las autoridades y representaciones: el com. Lequio, mayor general, en representación del S. E. el General Ludovico Barbieri,

con banderas y numerosísimas representaciones, entre las cuales sobresalen la Unión Obrera con sus 30 Secciones, la Unión del Valor Católico, la Sociedad gasista italiana, las Sociedades de los tranvías municipal y Belga.

A las 17.45 vuelve al Santuario, donde el Arzobispo celebrante da la bendición al cadáver.

A las 20 el féretro se lleva de nuevo á la capilla interna.



La tumulación.

De Valdocco á Valsálíce — Las últimas exequias — El último saludo.

9 abril.

A las 14 todos los Hermanos del Oratorio se recogen ante el féretro para rezar el Oficio de difuntos; el Director reza todavía una oración, lo rocía con agua bendita; después sacado en hombros el caro depósito, se coloca en un carruaje fúnebre á convoy, en donde toman puesto D. Rinaldi y D. Albera. En otros coches suben otros Superiores. Los alumnos se abrieron en dos alas hasta la puerta y vieron pasar el cadáver de su Padre, no sin estremecimientos y lágrimas.

¡Salían del Oratorio los restos mortales del que por tanto tiempo había sido su más preciado ornamento, su padre y maestro dulcísimo; pero por singular ventura eran conducidos á descansar junto á los de D. Bosco en Valsálíce!

De propósito habíase ocultado la hora del traslado; mas á lo largo del trayecto (Calle Cottolengo, Avenida Reina Margarita, Avenida S. Mauricio, avenida Cairolí y allende Puente Humberto) el pasaje del carro es notado y no pocos lo siguen. Cuando llega á Valsálíce hase añadido un imponente grupo de ciudadanos de todas clases.

A la entrada del Seminario, lo esperan todos los Superiores y alumnos, los niños del Oratorio festivo, el Can. Anfossi, el barón Oreglia de Sto. Stefano, la Condesa Amalia Capello y otros Cooperadores y Cooperadoras, y una buena representación de Hijas de María Auxiliadora con la Superiora General y las Inspectoras de Turín, Nizza-Monferrato, Roma, Milán, etc..

Con religioso silencio toman en hombros el féretro ocho sacerdotes y lo depositan en la primera galería, donde el M. R. Don Rinaldi, asistido por el Inspector D. Barberis y el Director D. Varvello le da la Bendición. Se le lleva al pórtico del 1° piso, por la escalinata de la derecha, y de allí á la iglesia de S. Francisco de Sales, donde la *Schola* de la casa-seminario ejecuta con suavísima y acertadísima expresión las últimas exequias en canto gregoriano. Finalmente, por la escalera principal se le baja á las galerías inferiores y coloca á la entrada de la tumba de Don Bosco. En la pared de la derecha está preparado el lóculo para la tumulación. Entre las lágrimas de todos, se bendicen lóculo y féretro y rociado por última vez con el hisopo por D. Rinaldi, se introduce el féretro en el lóculo. El instante es solemne. El Sr. Director del Oratorio, con la voz entrecortada por el llanto, murmura el último saludo.

« En nombre de tus hijos del Oratorio, aun de

los que se hallan esparcidos por el mundo, yo depongo, oh padre venerando, sobre tu tumba el último saludo del amor. Nosotros contraemos hoy aquí, ante tu sepulcro, el empeño solemne de mantenernos siempre fieles á las grandes enseñanzas que a tí y á nosotros dejó el Ven. Don Bosco, compendiándolas en el célebre lema: *¡Oración y trabajo!* Esta es la flor que los hijos depositan sobre la tumba del Padre ».



Las últimas exequias en Valsálíce.

Los albañiles ejecutan su obra al instante, y los presentes satisfechos de haber presenciado hasta el último instante la triste ceremonia, desfilan lentamente, después de haber besado el mármol que cubre los despojos mortales de Don Bosco y de dar una mirada postrera á la pared de diestra, donde él, en el mismo silencio del sepulcro, ha querido hacer por mitad con su incomparable Sucesor.

Al día siguiente (10 de abril) debía verificarse la arriba mencionada peregrinación á la tumba de D. Bosco; y se verificó en efecto; y fué un afluir continuo de Turineses á la capilla amada, ahora doblemente cara, porque junto con los mortales despojos de D. Bosco, guarda también los de Don Rual

LOS PÉSAMES

Apenas se divulgó la noticia por Turín, fué un continuo desfile de ciudadanos por el Oratorio. Dos registros colocados en la portería se cubrieron de millares de firmas, y de todas partes de Italia y aun del extranjero llegaban telegramas de pésame. Los primeros fueron del Papa, del Card. Rampolla del Tindaro, Protector de los Salesianos, de los Cardenales Gennari, Maffi y Ferrari, los Arzobispos de Génova, Bolonia y Mesina, los Obispos de Ivrea, Novara, Biela, Albenga, Cúneo, el Prefecto ó Gobernador Civil de Turín, Comendador Santiago Vittorelli, innumerables directores diocesanos de Cooperadores etc., etc...

Transcribimos solamente algunos:

El Sumo Pontífice.

« El Padre Santo Pío X, profundamente apenado por la triste noticia de la muerte del venerando D. Rua, Superior General de los Salesianos, ha sufragado su alma escogida. Se asocia al grave luto de la familia Salesiana que perdiendo tan digno Superior adquiere nuevo protector en el cielo y en estos tristísimos momentos conforta S. S. con especial bendición apostólica. Añado mis vivísimos personales pésames.

Card. Merry del Val. »

La Reina Madre.

Casa Real de Turín, 6 abril.

« He participado á S. M. la Reina Madre, la triste noticia de la muerte de D. Miguel Rua que S. R. me anunciaba á nombre de los Superiores Salesianos. La Augusta Señora que tanto veneraba al llorado Sacerdote, escuchó con el más vivo dolor la grande pérdida, que viene á privar á esa Congregación de una mente que la fe hacía escogidísima, de un corazón que la fe hacía infatigable en el ejercicio de las más iluminadas y piadosas obras de humanidad y caridad.

Por encargo, pues, de S. M. expreso á V. R. para que lo comunique á los Superiores, el más sincero pésame Real y me uno á él con veneración.

*La Dama de Honor de S. M.
Marquesa de Villamarina.* »

La Princesa Clotilde.

S. A. R. la Princesa Clotilde envió al Oratorio Salesiano á su Capellán mayor, R. Canónigo Brusa para dar en nombre de Su Alteza Real é Imperial el más sincero pésame al Capítulo Superior de la P. S. S.

La Princesa Leticia.

S. A. R. é I. la Princesa Leticia, de Saboya Bonaparte, Duquesa de Aosta, Presidenta Honoraria de las Damas Bienhechoras de las Obras de D. Bosco, ha enviado en el acto al Oratorio, á su gentil hombre de honor, el cab. César Bonvicino para dar el pésame y anunciar que S. A. R. é I. asistirá á los funerales de D. Rua.

S. A. R. el Duque de Génova.

Turín, 6 abril.

« S. A. R. el Duque de Génova, que ha seguido con vivísimo interés el proceso de la enfermedad del llorado D. Rua y ha recibido con dolor profundísimo la noticia de su muerte, me encarga comunicar á V. R. y á toda la benemérita Pia Sociedad Salesiana, la expresión de su más intenso pésame por la desaparición del Venerando Maestro de V. V. R. R., el digno Sucesor y continuador de la Obra Santa de D. Bosco, que tan benemérita ha sabido hacerse en todas partes del mundo.

Rogándole acepte también mi pésame particular, me honro profesarme

El Primer Ayudante de Campo
y Capitán de Acorazado,

R. Mengoni-Ferretti. »

El Card. Richelmy.

Chiavari 6. — Recibo aquí tristísima noticia. *Fiat...!* Jesús corone su Siervo fiel; consuele hijos llorosos. Impedido distancia únome en espíritu al justo tributo de estima y afecto.

Agustín Card. Richelmy.

El Card. Rampolla.

Revmo. Señor:

Ayer he sabido, del rev. P. Munerati, con vivísimo dolor la muerte del Venerando D. Miguel Rua y luego envié al Superior de los Salesianos de Turín mis más sentidos pésames. Ayer por la noche recibí también su telegrama en el que V. R. me comunicaba la misma dolorosa noticia.

Aunque yo tenga firme confianza de que D. Rua por sus hermosas obras y por su fecundo apostolado, siguiendo las huellas benéficas de D. Bosco, pronto recibirá el merecido galardón en el eterno gozo, sin embargo no he dejado de sufragar su alma bendita y lo seguiré haciendo. La muerte de D. Rua es, á no dudarlo, una inmensa pérdida para los Salesianos, que veneraban en él un padre amadísimo, el fiel compañero de D. Bosco y su digno sucesor. Pero nos conviene doblar la cabeza ante los imperscrutables designios de Dios que ciertamente querrá proteger en modo especial los Hijos de D. Bosco en esta hora de dolor iluminándolos también en la elección del Sucesor á fin de que el nuevo Superior General pueda continuar la Obra benemérita y santa del Ven. Fundador y del llorado D. Rua, imitando sus luminosos ejemplos. Para este fin no dejaré de unir á las plegarias de Uds. las mías personales.

Confirmándole toda mi estimación y particular benevolencia complázcome al repetirme de Ud.

Afmo. en el Señor

M. Card. Rampolla.

Roma, 7 abril 1910.

El Arzobispo de Sevilla.

Sevilla, abril 9 de 1910.

Revdo. Superior de los Salesianos, Turín.

Mí muy estimado Padre: con profunda pena he leído la triste nueva del fallecimiento de D. Rua.

La muerte de tan celoso varón constituye una pérdida grande para la Familia Salesiana; pero

Dios que ha querido probar de nuevo á Uds. en el crisol de la tribulación, sin duda para aquilatar más sus virtudes y merecimientos, no tardará en señalar de entre Uds. otro varón emprendedor, activo y lleno de celo, que sea digno continuador y émulo de Dóm Rúa, como este lo fué, á su vez, del insigne Dom Bosco.

El difunto, cuya fama de virtud y santidad era bien conocida de todos, velará seguramente desde el cielo por la Sociedad Salesiana á cuyo florecimiento y prosperidad consagró, por espacio de muchos años, sus talentos, sus energías, y su prodigiosa actividad.

Sean, R. P., estas líneas expresión del sentido pésame que, extensivo, por mediación de Ud., á toda la Familia Salesiana, le envía juntamente con su pastoral bendición.

El Arzobispo de Sevilla.

El Obispo de Menorca.

Me asocio al duelo universal por muerte D. Rúa.
Obispo Menorca.

Unos Cooperadores.

Me asocio dolor Uds. pérdida Dom Rúa.
Madrid, Isidra Pons Pascual.

Profundamente afectados reciba Capítulo Superior y Sociedad Salesiana nuestro sentido pésame.
Barcelona, Martí y Còdolar.

Reciba Ud. y Sociedad Salesiana expresión mi profunda pena por fallecimiento nuestro querido P. Rúa.

Vigo, Manuel Pita.

El Gobernador de Roma.

A la Pia Sociedad Salesiana. — Turin.
Profundamente apenado por la muerte del

Rvmo. y benemérito P. Rúa, envío mi más sentido pésame.

Annarato.

La Diputación Provincial.

Turin, 7 abril 1910.

Recibo en este momento la triste noticia de la muerte del Rvmo. D. Miguel Rúa, que baja al sepulcro sinceramente llorado y bendecido, no solamente en el Oratorio, sino en todo rincón de la tierra donde se estime la virtud cristiana y la fé en los altos destinos de la humanidad.

Me inclino reverente ante la memoria venerada del hombre intachable y presento mi más sincero pésame.

Giordano.

El Consejo Municipal de Turin.

En la sesión de hoy, después de las espléndidas palabras de los Concejales, prof. comendador Constancio Rinaudo y marqués prof. Alejandro Corsi en la muerte del Venerando P. Rúa, el Ayuntamiento encárgame de dar á los Superiores de las Obras Salesianas los más expresivos pésames por la gravísima irreparable pérdida.

En nombre pues de la representación municipal segura intérprete de la ciudad entera, que de un modo especial ha visto desarrollarse y ha admirado la obra grandiosa y altamente humanitaria de su benéfico ciudadano, cumplo con el deber de manifestar á la familia salesiana los sentimientos de su profundo dolor y del más sincero pésame.

Con respeto profundo,

El Alcalde: Teófilo Rossi.

Turin, 6 abril 1910.

Al Rev. Sr. D. Segundo Marchisio, Director del Oratorio Salesiano, Turin.



La Corona de la Prensa

Centenares de periódicos tenemos á la vista.

Puede decirse que no ha quedado alguno de ellos, europeo ó americano, sin rendir un tributo de admiración y respeto á la memoria de D. Rúa, sin depositar una flor sobre su tumba. Bien quisiéramos citarlos á todos, especialmente á los más extremos de las izquierdas, aquellos mismos que otras veces cubrieron de fango el nombre salesiano, porque en este caso su voz es más autorizada y su alabanza más imparcial. Mas esto no puede ser, y nos limitaremos á unos pocos, que reflejan el sentir de toda la prensa: aquí están representados los católicos, los liberales, los socialistas y hasta los indiferentes, los despreocupados.

SENTIMIENTO UNIVERSAL.

La muerte de D. Rúa es un duelo del mundo civilizado. Esta es la palabra que ante su féretro, regado por las lágrimas de millones de pobrecitos, pronuncian los periódicos de todo los partidos, repiten todas las personas, en todas las manifestaciones que llegan de todas partes á la casa-madre de la Pia Sociedad Salesiana. Ni es menester que nos detengamos á demostrar, siguiendo las necrologías que ocupan páginas enteras, la grandeza del hombre que ya no existe. El pueblo, para el cual escribimos, conoce, hace ya tiempo, al humilde apóstol de la caridad, de toda obra benéfica, y no hay quizá nación alguna que no haya experimentado las fuerzas de su corazón.

Recordemos si, que también esta tumba, ante la cual viene á derramarse el dolor universal, es la tumba de un sacerdote, y que también esta vez los honores de una gratitud universal é imperecedera, van tributados á un hombre que vivió en su plenitud perfecta, la fe católica. ¡Hermosa y oportuna reivindicación de aquel traje negro contra el cual se desencadenan tantas furias! espléndido triunfo de aquella fe, á la cual tantos heraldos de opiniones ricas en palabras cuanto pobres en obras, quisieran negar toda vitalidad, toda virtud social y humanitaria!

(*La Vita del Popolo*, Como, 7 abril).

Don Rua llevaba 50 años de vida sacerdotal. Su juventud, su virilidad y su edad madura fueron una profesión firme y sincera de fe, con un espíritu de rectitud alto y sereno.

Todos los diarios han publicado ediciones extraordinarias con acentos de dolor profundo por el extinto; señal de que ante la virtud noble y firmemente alimentada y practicada, todas las opiniones se confunden en un respetuoso y profundo homenaje de estima y reverencia.

(*Il Giornale d'Italia*, Roma, 7 abril).

EL HOMBRE.

..... Los que conocieron á este varón justo y excepcional, ya personalmente ó por sus obras; los que han pensado alguna vez en lo que significa para el bienestar social la benemérita institución Salesiana, y estudiado su perfecta organización, lamentarán, estamos seguros, este tristísimo acontecimiento, porque el es una pérdida harto dolorosa, no sólo para los religiosos que lo miraban como su superior, no sólo para Italia, que lo tuvo por hijo, sino también para los países del mundo, porque en todas partes están diseminadas las escuelas é institutos Salesianos que dan albergue á miles de hijos del pueblo que se preparan á ser ciudadanos instruidos y útiles á su país.

(«*El Mercurio*» Santiago de Chile, 7 de abril).

Fué un alma grande, encerrada en un cuerpo tenue; un espíritu de asceta austero y enérgico, un grande corazón paterno, de palpación potente, inmensa. Fué un grande apóstol, un grande educador, un italiano grande.

Cortés, caritativo, culto, inteligente y modesto, pasó la vida derramando el bien. Fué un sacerdote sencillo, pobre, evangélico, que ha dejado de su obra, de su ministerio, de su apostolado, huellas vastas y profundas en toda tierra. Los grandes sacerdotes, los grandes ministros de Jesús, deben cumplir su misión acá en tierra, como la cumplió D. Rua: obrando santa, humilde, ardentemente y poner por cima de sus obras á la Caridad.

Y porque fué grande en su caridad, Turin, la Patria, el mundo civilizado, se inclinan reverentes ante su féretro, y las generaciones que él vió, bendecirán para siempre su memoria.

(*La Lega Liberale*, Alessandria, 9 abril).

En el mundo eclesiástico y entre los Católicos

de todo el mundo, se venían siguiendo con gran inquietud las fases de la enfermedad de D. Rua, el primer sucesor de la grandiosa institución humanitaria fundada por D. Bosco... Verdadero intérprete de D. Bosco, aun después de la muerte del Maestro, no se limitó á fundar casas en Europa y América para la educación de la juventud, más necesitada, sino que se ocupó en favorecer eficazmente á los Emigrados italianos y llevó á cabo una eficaz penetración católica, entre las tribus bárbaras de la Patagonia, de la Tierra del Fuego, del Ecuador y del Brasil.....

De mirada dulce y penetrante, D. Miguel Rua sabía captarse á primera vista las simpatías de quien se le acercaba por la viveza de su inteligencia y la cortesía de sus modales. Deja inmenso dolor en sus admiradores y en sus innumerables protegidos.

(*La Tribuna*, Roma, 7 abril).

Era el Generalísimo de los simpáticos Hijos de D. Bosco, de mediana estatura; algo moreno, delgado que parecía un esqueleto; de mirada dulce, modesta, afable, amortiguada, (parecía que aquellos ojos no eran para fijarse en las cosas de esta tierra), algo velados pero... tan amorosos y expresivos, que semejaban ¿á qué comparar? á... á la amorosa de Cristo á la que, nuestra mente concibe la expresión benéfica, é indescriptible con que recibiría al pobrecito, al infortunado cuando se le acercaba en demanda de alguna cosa.

D. Rua ha muerto: y ese atleta penitente que pasaba noches interminables (para los que á veces no podemos conciliar el sueño); y para él no sentidas pues que se le deslizaban como un crepúsculo primaveral, tanto, que la cama se la hallaba intacta (ni se tendía siquiera en ella...) ¿Qué tiene de extraño si su alma enamorada de Dios se arrojaba en amorosos deliquios...? Su vida fué una agonía dulce, prolongada y martirizada desapiadadamente por la continua y necesaria comunicación con los mortales ¡que armonioso contraste con el Ven. Fundador! Dios Nuestro Señor perfeccionó con su gracia una cualidad natural en D. Bosco, la facilidad del trato humano; y á D. Rua, le prensó esa misma gracia en contraposición á su natural y ello no obstante llegó en eso también á la altura de su Antecesor... ¡Bien decía Don Bosco: *D. Rua no hace milagros porque no quiere!*...

(*El Grano de arena*, Mahón, 16 abril 1910).

Don Bosco formó á su lado á un hombre capaz de llevar sobre sus espaldas el peso de la obra realizada; un hombre que reunía la suavidad y la energía, la santidad y la ciencia; un hombre en que la materia era nada y en que el espíritu era altísimo, un titán incansable para el trabajo y un héroe para el sufrimiento.

(*La Unión*, Santiago de Chile, 7 Abril).

Murió de 73 años. Alto, delgado, y más que delgado, de carnes enjutas, diáfano, de frente espaciosa, enfermo, de ojos siempre encarnados á causa de las largas vigiliias; ostentaba una figura ascética, que, á la par que una actividad extraordinaria, revelaba suavidad y dulzura inefables. Su palabra tenue y modesta, recordaba la del

Fundador que en su simplicidad sondeaba y hacia vibrar las fibras más delicadas del alma.

(*Los Principios*, Bogotá, 9 abril 1910.)

LA OBRA.

A D. Miguel Rua, como otro día á D. Bosco, el mundo entero, oficial y privado, le ha rendido espontáneo tributo de admiración y de lágrimas. Ayer los restos mortales del grande cuanto humildísimo sacerdote, fueron objeto de una solemne y en extremo conmovedora apoteosis por parte del pueblo, de ese pueblo que por primero vió nacer, entre dificultades inmensas, insuperables para quien no tuviera temple de apóstol, la obra de D. Bosco, que la vió afirmarse y agigantarse en Italia y el Extranjero, desarrollando un programa de vasta redención social, que va del chiquillo abandonado en la calle, al salvaje, que vaga en los desiertos, de éste al emigrado, al lazareto de leprosos, en donde más de un Salesiano, mártir del deber, ha perdido la vida.

Los Salesianos, aun en medio del dolor de la irreparable pérdida, deben estar alegres por el movimiento mundial de manifestaciones, por este universal y férvido afecto de simpatía que los envuelve, de este elogio que les llega de toda clase social, sin que se oiga ni una nota desafinada en medio del universal concierto.

La Pia Sociedad Salesiana no es una ruina que sobrevive á sí misma. Ella vive intensamente la vida de su tiempo. Hoy se afirman las masas humanas, así en el bien como en el mal. Es inútil negar el fenómeno; y no sólo inútil, sino peligroso el querer comprimirlo, más bien que encanalarlo en las grandes vías de la justicia. Y bien, he aquí que surge por intuición de un santo, la Congregación Salesiana, y dirígese precisamente á la educación de las masas, actuando una acción sanamente democrática, donde los estudios clásicos, la Escuela Profesional y el artesano se aprietan amistosamente la mano. Y por esto, los que han tenido la fortuna, como quien esto escribe, de formarse en su escuela, le guardan, aunque militen después en campo no católico, una tierna gratitud, una afección filial que nada puede borrar; por esto también el Gobierno y las más altas autoridades del Estado, y los hombres de los diversos partidos, participan hoy oficialmente á su dolor por la pérdida del venerando Jefe.

A D. Rua, pues, continuador de D. Bosco, se rinde y se debe rendir el homenaje que se tributa á los héroes de la caridad y á los verdaderos bienhechores del pueblo, sin creer que por esto se humille la propia bandera. Antes bien, todas las banderas de todos los partidos, se deberían elevar para saludar los restos mortales del que trabajó y ejerció el bien sin segundos fines. D. Rua, como se ve, siguió una bandera que puede abrazar y sintetizar todas las demás.

(*La Perseveranza*, Milán, 7 abril).

..... La Prensa Europea de todos los matices ha concedido á este suceso excepcional importancia, siendo admirable por lo rara la unanimidad con que toda clase de periódicos y de personajes, lo mismo de nuestro campo que de los de enfrente, hacen

justicia á los relevantes méritos de ese hombre verdaderamente extraordinario. En su vida se han visto hermanadas en bellísimo consorcio una actividad pasmosa para la acción con el ascetismo más elevado de los grandes santos. Sus virtudes están pidiendo á voz en grito una voluminosa biografía que lo presente á la admiración de los pueblos espléndidamente iluminado con los fulgores de su propia santidad. Sus obras sólo necesitan contarse para producir en el ánimo la impresión de lo maravilloso. En su misma muerte se ha visto manifiesta la clarividencia profética con que Dios suele honrar en dicho trance á sus grandes siervos. General del Instituto de los Padres Salesianos durante veintidós años, desde la muerte del venerable fundador Don Bosco, el Padre Rua ha venido realizando con tino sorprendente una labor gigantesca, merced á la cual figura hoy su Instituto con honor entre las más beneméritas Congregaciones con que se honra la Iglesia, y que más intensa actividad desarrollan con la acción católico-social.

(*El Iris de Paz*, Madrid, 23 de Abril 1910.)

El laconismo telegráfico, si bien ha dado cuenta de la muerte del Superior General de los Salesianos, no ha podido dar idea de lo grande de la pérdida de la Iglesia Católica con la desaparición de este ilustre religioso..... Salvo dos años que estubo de Director en la casa salesiana de Mirabello, nunca se separó del Ven. D. Bosco, del cual puede decirse que fué su brazo derecho, conociendo perfectamente el espíritu y las grandiosas ideas del hombre de Dios, y siendo exacto retrato de él, en su laboriosa piedad, en su caridad inagotable, y, sobre todo, en su próspera y sabia dirección de la numerosa familia salesiana.

En su trato sobresalía la más exquisita dulzura, unida á la invencible firmeza y á la profunda humildad, siendo un espíritu rectísimo y eminentemente práctico.

Además su principal virtud fué su actividad incansable, causando admiración las numerosas empresas á que habitualmente se hallaba consagrado...

(*El Universo*, Madrid, Domingo 10 de Abril).

Los prohombres de todos los partidos han manifestado su admiración por el humilde siervo de Dios. Todos los periódicos han reconocido en Don Rua el hombre extraordinario: algunos al filántropo, otros al gran sociólogo, otros al santo; pero todos están acordes en alabar su obra tan eminentemente provechosa para la sociedad.

(*La Defensa*, Málaga, 10 abril).

Desde tres meses duraba una huelga en un conocidísimo establecimiento algodonero de la ciudad; los propietarios no querían de ninguna manera venir á pactar con las maestranzas de más de mil obreros ni á discusión alguna con sus representantes. Habían hecho tumultuosas demostraciones ante el establecimiento, noche y día, y casi sitiado las casas de unos así denominados *Krumiri*. Más de una familia padecía el hambre. Gobernador, alcalde, prefecto de policía y

demás autoridades inútilmente habían hecho lo posible para apaciguarlos.

Don Rua invitó un día á todos los propietarios del establecimiento y á los representantes de los obreros á hacerle una visita, y lo que no habían logrado las autoridades de la ciudad con promesas y amenazas, lo obtuvo con su simple palabra el humilde sacerdote.

El conflicto se solucionó y la paz y el trabajo volvieron en toda una legión de obreros....

Modesto, recogido en su humildad, fué para él suficiente é intimo consuelo sentirse tan buen ciudadano como buen sacerdote, y, si gozó, sólo fué por el bien que sabía haber causado á su religión y á su patria.

(*Il Corriere della Sera* de Milán, 7 abril).

El Señor colmó de frutos de bendición el celo inextinguible de este admirable sacerdote. Más que sus virtudes heroicas, más que su extraordinario talento organizador, más que su ciencia profunda y que su voluntad infatigable, siempre propicio al bien, proclaman el mérito insigne de D. Rua los progresos, inexplicables sin especial predilección de Dios, de la obra social y religiosa de los beneméritos Salesianos. *Operibus credite...* Bajo la dirección de D. Rua ha llegado la Obra Salesiana que inició D. Bosco á un grado de esplendor que es maravilla.

(*La Lectura Dominical*, Madrid, N. 852).

El fallecimiento del revmo. Sr. Don Rua, Superior General de la Pia Sociedad Salesiana, representa una pérdida irreparable para el mundo cristiano, que tuvo en él uno de sus más abnegados, sabios y virtuosos apóstoles.... Don Rua fué el sucesor de D. Bosco, espíritu de caridad, cuyo nombre es alabado y bendito en todo el mundo por los doloridos, los huérfanos y los desamparados. La obra de bien y de consuelo que emprendió éste fué secundada por aquel con igual celo y unción apostólica.... Don Rua tiene la solemne y dulce expresión del santo, y lo era por su idealidad y por su amor al sacrificio. Con fe inquebrantable en su obra, animado de un puro amor á ella, dirigió durante 22 años la gran familia salesiana, que da amparo, para religión y consuelo á muchos millones de niños sin hogar, y lleva el nombre y el culto de Dios á los pueblos salvajes. Su vida fué larga, fecunda y sencilla.....

(*El Diario*, Santiago de Chile, 7 abril de 1910.)

EL SUCESOR DE D. BOSCO.

A la edad de 73 años ha muerto en Turin D. Miguel Rua, General de los Salesianos, una de las más hermosas figuras que había en el mundo católico.

Auxiliar y continuador de D. Bosco, imprimió á la obra piadosa y patriótica de los Salesianos un impulso maravilloso. La cual obra se propone fines nobilísimos: instrucción, educación, beneficencia en los pueblos civilizados; misiones y colonización entre los pueblos salvajes, asistencia y escuela para los emigrados italianos en extranjero suelo. A millones se cuentan los niños á quienes D. Rua dió un

oficio para ganarse la vida; á centenares los Secretariados para ayudar á los Emigrados, y es sorprendente lo que ha hecho para educar á los salvajes.

La conquista de la Patagonia, y la asistencia de los leprosos y la enseñanza del trabajo y de la agricultura á las tribus salvajes de los Bororos, son obra de los Salesianos. Delante de los restos venerandos de D. Rua, moderno S. Francisco, desfilaron 100.000 personas, incluidas las autoridades y sin distinción de partidos.

(*La Domenica del Corriere*, 17-24 abril).

D. Rua supo seguir dignamente las huellas de su maestro. Durante 22 años dirigió la grandiosa institución que D. Bosco quiso llamar Pia Sociedad Salesiana y le dió un maravilloso impulso, continuó é inesperado.

Por esto el dolor es universal á su muerte. No es solamente el asceta quien desaparece, es el jefe de una importantísima asociación que honra á Italia, y que siguiendo sin apartarse un ápice, la senda que le trazó su Fundador, se dedica exclusivamente á la educación de los niños y á las más grandes obras de caridad sin fin alguno político.

Podrán pasar los hombres, pero las Instituciones que, como la Salesiana, tienen por fin la caridad y el progreso, están, para dicha de la humanidad, destinadas á ser inmortales.

(*La Gazzetta di Torino*, 6 abril).

El continuador y sucesor de D. Bosco, ha muerto asistido de todos los Sacerdotes y después de haber recibido, conmovido, el extremo saludo afectuosísimo de todos los niños de la Pia Casa, que fué el grande amor y la solicitud fervida y constante del benéfico sacerdote, el cual continuó la Obra de Don Bosco, por quien fué educado, desarrollando portentosamente la institución de su venerado maestro.

..... Con severa y grandiosa sencillez, fué honrado el Jefe de los Salesianos, el llorado apóstol, humilde y fuerte á un tiempo, fuerte por el amor y la bondad; y los funerales resultaron, como hemos dicho, una imponente y solemne demostración al sentido sucesor de D. Bosco, cuya humanitaria institución debía recibir de D. Rua tan extraordinario desarrollo. Y fué tributo grande y singular, fué digno premio al digno sacerdote.

(*La Gazzetta del Popolo*, Turin, 7 y 9 abril.)

« EL SANTO » (1).

Al leer la biografía de D. Rua, se experimenta la impresión infinita de lo que puede la grandeza de alma de ciertos hombres, los cuales pasan en esta vida terrena como si fueran de naturaleza distinta de todos los demás que respiran el mismo aire y pisan la misma tierra. Quiere decir que en este mundo, junto á nosotros, viviendo con nosotros, hay todavía héroes; héroes á quienes no lisonjeó ni relampagueo de espadas, ni ardor de batallas,

(1) El título no es nuestro; antes, declaramos que ni á ésta ni á otras expresiones semejantes queremos darle alguna autoridad, no queriendo en alguna manera prevenir los decretos de la Santa Iglesia.

ni ilusión de conquista bautizada en sangre, sino la simple forma de la criatura humana: en quienes hay algo del franciscano y del soldado, que surgen con la conciencia de una misión, y la cumplen toda, llegando á la cima de su vida envueltos todavía en la misma onda de sencillez con que dieron los primeros pasos.

¡Cuán mezquinas nos parecen todas nuestras luchas cotidianas, delante de una vida que se desenvuelve como la de D. Rua, sin una mancha, sin ninguna sombra! Y sin embargo este hombre, este sacerdote, que tuvo la humilde fe de un novicio y el fervor grande de un apóstol, pasó también él á través de la lucha, desde los altos grados de su conciencia, que debió de ser granítica, hasta la más baja, más acomodaticia, más incierta de los demás hombres, y supo avivarla y reforzarla con la potencia animadora, que en él trasformaba las almas, de su virtud y de sus irresistibles atractivos.

¿Qué vienen, pues, á ser, los turbios dramas de nuestros corazones, nuestras infinitas postraciones morales, nuestras continuas porfías para disputarnos cosas de nada, nuestras vacilaciones sobre el incierto día de mañana, y el buscar inmediato de la felicidad, y nuestros ímpetus de odio, y las continuas traiciones á nuestra fé, en suma, todo lo que hoy nos hace adorar la vida, y mañana nos induce á maldecirla; qué vienen á ser ante la figura de este hombre que terminaba sus actos todos con una sonrisa de paz, que deja en pos de sí un surco indeleble en el cual hay la marca profunda de una voluntad tenaz, y se agita el espíritu de un maravilloso conquistador?

Tampoco nuestro escepticismo tiene alguna razón de ser, á la presencia de hombres como D. Rua: nosotros somos escépticos en la mayoría de los casos porque fundamentamos nuestras deducciones sobre la base mezquina del yo personal, juzgando los actos ajenos por nuestros propios actos; y creemos que esto es una fuerza, cuando es una debilidad; y preferimos frecuentemente una actitud irrisoria y sarcástica á un acto de fe, á un arranque de amor....

¡Ah! cuánto más dulce es lanzar la vista más allá de toda esta nuestra miseria moral, sentimental y material, y buscar la figura nobilísima que palpito con el corazón de la humanidad, que á muchos sacudió, que á infinitos amonestó, que iluminó á innumerables, con la luz en que brilla, talvez, el iris de la verdad; y detenerse luego á lo largo del camino que abrieron á su dorso, amplio y solemne.

Tanto más cuando una vida semejante se desarrolla en actos en que el heroísmo va revestido con un manto de rara sencillez. Es innegable que Don Rua fué un dominador; pero un dominador de almas que vale cuanto un dominador de imperios; el pueblo empero lo llamará el santo, y es justo, y es profundamente humano, porque la superioridad de su vida sobre la nuestra lo ha transformado en esta figura ideal.

Y nosotros nos inclinamos ante él.

(*Il Secolo XIX* de Génova, 9 abril).

Una noticia dolorosa se esparció por Turin el 6 por la mañana. En medio de la consternación de

toda la ciudad, se oyó una voz, y se esparció con ediciones extraordinarias de los diarios: ¡*Ha muerto el Santo!* D. Miguel Rua, había pasado, á eso de las 9 1/2, al eterno descanso. Una larga peregrinación general, formada como por encanto, llevó á Valdocco gran parte de la ciudad, y fué un testimonio solemne del elevado concepto en que todos tenían al venerado Sucesor de D. Bosco. Quién era D. Rua, cuántos méritos adornaban su persona, no hace falta decirlo. Bástenos decir que si era grande la estima que lo rodeaba, esa estima era merecida y sus méritos extraordinarios eran indiscutibles....

(*La Civiltà Cattolica*, N° 1436).

Como broche de oro de estas páginas, deponemos con filial ternura sobre la tumba del Padre los pensamientos del Revmo. Monseñor *Carlos Salotti*, Abogado de la Causa de Beatificación y Canonización del Venerable Don Bosco ante la Santa Sede:

« Hombres hay que no debieran jamás desaparecer de esta tierra: su vida es un apostolado sus ejemplos una escuela, su continente una cátedra desde donde brotan infinitas enseñanzas y fuentes inagotables de actividad, de virtudes, de sacrificios.

» Estudiando en los Procesos de D. Bosco el espíritu del Ven. Fundador, y considerando hoy el apostolado del inolvidable D. Rua, que durante 36 años convivió á su lado, palpito sobre aquel corazón para sacar de él inspiración y consuelo, y según Él modeló todos sus actos privados y públicos, veo que entre los dos apóstoles hubo una perfecta armonía de ideas y de esperanzas, en la que está colocada toda la grandeza y todo lo porvenir de la Pía Sociedad Salesiana.

» En el Proceso de Turin Don Rua fué uno de los más autorizados testigos de la santidad de D. Bosco: testigos de la santidad de Don Rua son millares y millares de hijos que desde todas las partes del mundo, más aun que llorar al Padre, celebran al Santo.

» Y si un día la Providencia dispondrá que á la causa de D. Bosco siga la de D. Rua, los innumerables testigos que pasarán ante el tribunal eclesiástico de Turin, rememorando los heroísmos del hombre que hoy hemos perdido, deberán confesar que el uno fué digno del otro, y que tal vez no sería tarea muy fácil el determinar á quien de los dos corresponde el primado en el ejercicio de aquellas virtudes cristianas en las que entramos se distinguieron.

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica:

Gerente: JOSE GAMBINO.

Establec. Tip. de la S. A. Int. para la B. Prensa
Corso Regina Margherita, N. 176 - TURIN.